

# JOSÉ ANTONIO MARAVALL

## entre el medievalismo cultural y el historiográfico\*

Francisco Javier Caspístequi  
*Universidad de Navarra*

«Hace quince años [1950], bajo las bóvedas de la catedral de Auxerre, impresionantes en tanto que manifestación de una capacidad técnica, bellas como resultado artístico, el autor de estas páginas leía una breve y bien compuesta monografía sobre ese monumento. En ella encontró citado un testimonio del estado de espíritu con que sus constructores emprendieron la obra nueva de tan hermoso edificio gótico.»<sup>1</sup>

### El medievalismo entre la ensoñación y la utilidad

En 1888 William Morris (1834-1896) publicó *El sueño de John Ball*. Sus páginas reflejaban la idealizada visión de un tiempo pasado, perdido definitivamente, pero cuyo encanto perduraba elevado a la condición de mito.<sup>2</sup> No se trataba de una mera ensoñación, sino de la voluntad de convertir ese tiempo alejado en un futuro más justo, en referencia para la acción. A lo largo del siglo XIX se produjo en Europa un rescate de la Edad Media como alternativa a un tiempo cuya progresiva aceleración resultaba incómoda;<sup>3</sup> un tiempo cuyas pautas y esquemas tanto rompían con el más cadencioso *fluir* del Antiguo Régimen. A su vez, este interés despertó el de unos nuevos profesionales, los historiadores, que comenzaron a prestar atención creciente hacia los tiempos medievales

\* El historiador vive en un contexto que explica una parte importante de su reflexión y de su escritura. En el contexto de quien firma estas páginas las influencias de Ignacio Olabarri y Jesús Longares forman una base insustituible. Sobre ella descansa la amistad iluminadora y sugerente de Ignacio Peiró y la complicidad con Miquel Marín. Alrededor, además, las inspiraciones inducidas por la sabiduría de Mauro Moretti y Esteban Sarasa. De todos ellos es lo que haya de bueno en estas páginas. El resto, del firmante.

<sup>1</sup> José Antonio Maravall, *Antiguos y modernos. La idea de progreso en el desarrollo inicial de una sociedad*, Madrid, Sociedad de Estudios y Publicaciones, 1966, p. IX.

<sup>2</sup> Recientemente se han traducido algunas de sus obras al castellano: *El sueño de John Ball*, Barcelona, Barataria, 2007; *La reina campesina/La casa de los lirios*, Barcelona, Siete Noches, 2007.

<sup>3</sup> Leslie Workman, «Preface», *Studies in Medievalism*, 8 (1996), p. 1.

alejándose del modelo del aficionado erudito.<sup>4</sup> La intersección de ambos intereses mostró la curiosidad que existía hacia la Edad Media entre un creciente público lector. De hecho, en el Reino Unido, la conservación del pasado medieval alcanzó niveles de tarea nacional, y durante el prolongado período victoriano se reconstruyó una imagen del medievo que fue transmitida a través de muy diversos caminos. El público, encandilado por las novelas de Walter Scott o William Harrison Ainsworth y por los grabados que acompañaban sus cada vez mayores tiradas, comenzó a reclamar el acceso a los lugares en los que se conservaba esa herencia histórica.<sup>5</sup> El movimiento del *National heritage* o el de *Arts and crafts* desarrolló una indudable capacidad de atracción, se recuperó con fuerza el gótico como estilo arquitectónico «nacional»,<sup>6</sup> y se reivindicaron las bondades del mundo rural:

the rural past was preferable to the urban present, and the contemporary English countryside was idyllic yet beleaguered. It was idyllic because, in contrast to the squalor and deprivation of the towns, it was the very embodiment of decency, Englishness, national character and national identity. But it was beleaguered because it was more than ever threatened by the forces of modernity.<sup>7</sup>

Todo ello comenzó a repercutir en el resto de Europa, bien a través de la literatura, bien de un genérico interés por lo histórico, y por

<sup>4</sup> Un ejemplo significativo es el de Frederic Maitland (1850-1906). Véanse, al respecto, Philippa Levine, *The amateur and the professional. Antiquarians, historians and archaeologists in Victorian England, 1838-1886*, Cambridge, Cambridge University Press, 1986; Elizabeth A. Fay, *Romantic Medievalism: History and the Romantic Literary Ideal*, Gordonsville, VA, Palgrave Macmillan, 2002, p. 6; Natalie Fryde, «Frederic William Maitland (1850-1906)», en: Jaume Aurell y Francisco Crosas (eds.), *Rewriting the Middle Ages in the Twentieth Century*, Bruselas, Brepols, 2005, pp. 25-33.

<sup>5</sup> Peter Mandler, *History and national life*, Londres, Profile Books, 2002, pp. 23-30. Es revelador el «uso» de Robin Hood por autores como John Keats, el propio Scott, o Thomas Love Peacock: «In various ways they brought together the noble status and inherent dignity of the gentrified outlaw with the vigor and dynamic meaning of the old social bandit, and they did this not simply in terms of narrative, but also, preeminently, in terms of values. The noble bandit now came to symbolize values central to the nineteenth and even twentieth centuries –especially ideals of national identity, masculine vigor and natural value» (Stephen Knight, *Robin Hood: A Mythic Biography*, Ithaca, Cornell University Press, 2003, pp. 100-1).

<sup>6</sup> David Cannadine, «Parliament: the palace of Westminster as the palace of varieties», en su *In Churchill's shadow. Confronting the past in modern Britain*, Londres, Penguin, 2003 (ed. original, 2002), pp. 3-25.

<sup>7</sup> David Cannadine, *In Churchill's shadow*, p. 226. Señala Carl Schorske: «El dios dinero quería redimirse a sí mismo poniéndose la máscara de un pasado preindustrial que no era suyo» (*Pensar con la historia. Ensayos sobre la transición a la modernidad*, Madrid, Taurus, 2001 –ed. original: *Thinking with History. Explorations in the Passage to Modernism*, Princeton, Princeton University Press, 1998–, p. 90).

un creciente impulso ruralista. No se trataba solamente de un reflejo conservador, incluso tradicionalista, sino que apareció también una reivindicación del pasado medieval desde sectores radicales o claramente socialistas, como muestra el ya citado William Morris o John Ruskin (1819-1900), creador del término «medievalismo». En definitiva, el pasado era útil, servía para nacionalizar a las masas, «giving the people a long pedigree of blood and culture, reaching back many centuries, history conveyed to the powerless and disenfranchised a tremendous sense of entitlement and potential for the future».<sup>8</sup> Y en ese marco, el recurso a tiempos medievales era todavía más útil:

Tory authors and historians looked to the medieval period for feudal paternalism and an interdependent community as a solution to economic crisis and class unrest; Whigs located a primitive democracy in the medieval village, and more particularly in pre-Norman medievalism, while the feudal system at large provided a contractual system that ensured individual liberties. Yet Whiggish and radical uses of the past, like Enlightenment antiquarian ones, located the discontinuities of the past through a scientific and theoretic lens, while Tory and nationalist ones insisted emotionally on the historical and cultural continuities that must not be erased or forgotten.<sup>9</sup>

Esta tendencia medievalizante se desarrolló en otros países, como Alemania, con la recuperación de los elementos vinculados a la Hansa o a la orden teutónica entendidos como antecedentes del prestigio del presente;<sup>10</sup> en Francia, especialmente vinculada a la recuperación tras la derrota de 1870 y, por tanto, fácilmente legible desde posiciones políticas e ideológicas contrapuestas;<sup>11</sup> y también en España, ya desde fines del siglo XVIII y comienzos del XIX, como justificación de la necesaria

<sup>8</sup> Peter Mandler, *History and national life*, p. 22; Leslie J. Workman y Kathleen Verduin (eds.), *Medievalism in Europe*, II, Cambridge, D.S. Brewer, 1997.

<sup>9</sup> Elizabeth A. Fay, *Romantic Medievalism*, p. 1. Esta es la idea que expresaba Santiago Montero Díaz en el capítulo «El medievalismo en el espíritu europeo», de su *Introducción al estudio de la Edad Media*, Murcia, Imp. Suc. de Nogues, 1948, pp. 100-4.

<sup>10</sup> Markus Reisenleitner, *Die Produktion historischen Sinnes: Mittelalterrezeption im deutschsprachigen historischen Trivialroman vor 1848*, Frankfurt am Main, Peter Lang, 1992; Maike Oergel, *The return of King Arthur and the Nibelungen: national myth in nineteenth-century english and german literature*, Nueva York, Walter de Gruyter, 1998; Rainer Kipper, *Der Germanenmythos im Deutschen Kaiserreich: Formen und Funktionen historischer Selbst-thematisierung*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, 2002.

<sup>11</sup> Elizabeth Emery y Laura Morowitz, *Consuming the Past: The Medieval Revival in fin-de-siècle France*, Burlington, Ashgate, 2003, pp. 19, 181, 204, destacan la maleabilidad del concepto y su incorporación a espacios privados además de a la esfera pública. Para una visión más general, véase Barbara G. Keller, *The Middle Ages reconsidered: attitudes in France from the eighteenth century through the romantic movement*, Nueva York, Peter Lang, 1994.

renovación política impulsada por las turbulencias en torno a 1789; pero también a fines del XIX como contrapunto del positivismo y el naturalismo literario, aunque sin una clara definición ideológica.<sup>12</sup>

En buena medida, estas utilizaciones del pasado medieval acababan convirtiéndolo en un elemento fundacional de la herencia nacional, reforzando los argumentos nacionalizadores que en el período del fin de siglo se difundieron por doquier.<sup>13</sup> No en vano señaló Hobsbawm que entre 1870 y 1914 se produjo un período de inflación en la creación de tradiciones, y en buena parte de ellas gravitaba el pasado medieval. Este influjo se mantuvo hasta entrado el siglo XX, especialmente vinculado al período transcurrido entre el inicio de la primera guerra mundial y final de la segunda, reforzando los argumentos escapistas y críticos lanzados en el siglo XIX ante el avance definitivo del mundo moderno. Gilbert Keith Chesterton (1874-1936) escribió su *Autobiografía* cuando mediaban los años treinta, y en ella recogía el incidente de un oficinista al que una invención moderna, la puerta giratoria, devolvía una y otra vez a su puesto de trabajo. De esa anécdota extraía Chesterton una enseñanza: «cualquier mejora mecánica lleva aparejada un nuevo problema. No pido que se crea en la fábula –añadía–, pero no he abandonado la moraleja al ver cómo el automovilismo conducía a la masacre, la aviación destruía ciudades y las máquinas hacían aumentar el desempleo».<sup>14</sup> En tiempos de maquinismo y profunda crisis, el recurso al pasado fue habitual «to find and define a solid, unifying core for a culture which seemed to be rapidly losing its coherence».<sup>15</sup> De hecho, uno de los usos habituales de la historia en este período fue la justificación de la guerra, pues, como señala J. Bauvois-Cauchepin, «[l]es histoires nationales de la fin du XIX<sup>e</sup> siècle et de la première moitié du XX<sup>e</sup> siècle procédaient, en général, d'une culture de guerre, d'une rhétorique de guerre, d'une vision duale des sociétés simplifiée à

<sup>12</sup> José Manuel Nieto Soria, *Medievo constitucional. Historia y mito político en los orígenes de la España contemporánea (ca. 1750-1814)*, Madrid, Akal, 2007. Recoge Ignacio Peiró la preeminencia de los estudios dedicados a Edad Media en el *Boletín de la Real Academia de la Historia* entre 1877 y 1902 (37,3%), aunque por siglos, el más estudiado fuese el XVI (*Los guardianes de la historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución Fernando del Católico, 2006 (2<sup>a</sup>, 1<sup>a</sup> de 1992), pp. 293-8; Rebeca Sanmartín Bastida, *La edad media y su presencia en la literatura, el arte y el pensamiento españoles entre 1860 y 1890*, Madrid, Universidad Complutense, 2006.

<sup>13</sup> Véase: Frits van Oostrom, «Spatial Struggles: Medieval Studies between Nationalism and Globalization», *Journal of English and Germanic Philology*, 105/1 (2006), pp. 5-24.

<sup>14</sup> Barcelona, Acantilado, 2003 (ed. original, 1936), pp. 139-40. Julio Camba, por su parte, señalaba: «Siempre ha habido máquinas en el mundo; pero jamás como un fin, sino como un medio, y así como antes lo primero era un propósito a realizar y luego la máquina para realizarlo, ahora se comienza por inventar la máquina, luego se ve a qué propósito puede responder, y después se realiza este supuesto propósito como si, efectivamente, fuese un propósito de alguien. Y éste es el hecho monstruoso de la civilización moderna» (*La ciudad automática*, Madrid, Espasa-Calpe, 1934 –2<sup>a</sup>; la 1<sup>a</sup>, de 1932–, p. 251).

<sup>15</sup> Peter Mandler, *History and national life*, p. 59.

l'extrême». Lo significativo, señala, es que durante la I Guerra Mundial esta radicalización se llevó hasta sus últimas consecuencias,<sup>16</sup> mientras aumentaba el desconcierto en una Europa en la que nada quedaba asentado con firmeza y todos miraban atrás, al pasado,<sup>17</sup> tras la hecatombe de la guerra. Terminada ésta, asumir y racionalizar el duelo por los millones de muertos que había producido se convirtió en objeto de una recuperación de la historia, preferentemente medieval, tanto entre los vencedores como entre los vencidos. Sin embargo, era ésta una historia medieval con matices respecto a la rescatada en el período anterior a 1914:

Prior to the 1914-18 conflict, medievalism had essentially been a discourse of identity, fuelled by cultural despair in the era of industrialisation. In the commemoration of Great War, medievalism was transmuted into a discourse of mourning in an age of industrialised carnage, a discourse recovering the individual soldier who had perished in the anonymous battles of *matériel* of the machine age. Medievalism as a mode of war commemoration is best understood as a state of mind rather than a state of history, an amalgam of temporal notions rather than a coherent set of intellectual propositions.<sup>18</sup>

Entre 1909 y 1920 se produjo la beatificación y canonización de Juana de Arco en Francia, que pasó a convertirse en la encarnación de la nación para sectores como *Action Française*, con la Primera Guerra Mundial como elemento de refuerzo de los componentes nacionalistas.<sup>19</sup> En Alemania, por su parte, algunos sectores de jóvenes intelectuales en torno a Stefan George (1868-1933) trataron de refugiarse en unas cien-

<sup>16</sup> *Enseignement de l'histoire et mythologie nationale. Allemagne-France du début du XX<sup>e</sup> siècle aux années 1950*, Berna, Peter Lang, 2002, p. 247; Olivier Dumoulin, *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, Albin Michel, París, 2003, pp. 189-216. Olivier Loubes indica, para este período, cómo la escuela francesa era la institutriz de la nación, pero por ello mismo una institución compleja que participaba en primera línea en su construcción, insertando a los alumnos en un territorio común e inculcándoles un sentimiento patriótico, una cierta idea de Francia (*L'école et la patrie. Histoire d'un désenchantement 1914-1940*, París, Belin, 2001, pp. 9-10. Para la escuela y la I Guerra Mundial, pp. 19-49).

<sup>17</sup> Así lo expresaba R.N. Coudenhove-Kalergi, uno de los pioneros en la creación de lazos transnacionales, cuando veía que, tras la guerra, una Europa decadente «mira hacia atrás en lugar de mirar hacia delante. Las librerías están inundadas de memorias»; o cuando criticaba la imaginación de los dirigentes, «demasiado pendiente del pasado en lugar de estarlo del porvenir» (*Pan Europa. Dedicado a la juventud de Europa*, Madrid, Teenos, 2002 –ed. original, 1923–, pp. 4, 90). Es en este ambiente donde, señala Juan Pablo Fusi, cabe entender figuras como las de Spengler o Toynbee (*El malestar de la modernidad. Cuatro estudios sobre historia y cultura*, Madrid, Biblioteca Nueva/Fundación Ortega y Gasset, 2004, pp. 22-4).

<sup>18</sup> Stefan Goebel, *The great war and medieval memory. War, remembrance and medievalism in Britain and Germany, 1914-1940*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, p. 14.

<sup>19</sup> Véase Gerd Krumeich, *Jeanne d'Arc à travers l'histoire*, París, Albin Michel, 1989.

cias humanas a las que se trataba de diferenciar de las arrolladoras ciencias naturales. Poetas, filósofos, filólogos e historiadores bucearon en los esplendores imperiales de la Edad Media germánica desde un punto de partida claramente erudito.

Mientras, la historiografía española mantuvo hasta la guerra del catorce una curiosidad significativa hacia su pasado medieval, en el que se asentaban, para diversos autores, las raíces de su nacionalidad.<sup>20</sup> Los volúmenes que se comenzaron a publicar a fines del siglo XIX dentro la historia de España dirigida por Antonio Cánovas del Castillo (1828-1897), mostraban una visión del medievo español que respondía a este patrón, con los visigodos como los primeros que habrían forjado la nación española a través de la unidad religiosa y la unificación legislativa,<sup>21</sup> y con el destacado papel de Castilla en el proceso de unificación nacional, culminado en los Reyes Católicos.<sup>22</sup> Lo significativo es que estos puntos de vista habían cuajado en unos académicos claramente vinculados ya con la profesionalización de la historia. Como señala Ignacio Peiró:

[E]n general, los historiadores formados en la época de la profesionalización creyeron en las bondades de la metodología histórica basada en la transcripción de documentos, su crítica y su confrontación con fuentes paralelas. Esta confianza y profunda fe en el método, consolidado por Claudio Sánchez Albornoz y transmitido por sus discípulos medievalistas reunidos en el entorno del *Anuario de Historia del Derecho Español*, fue cobrando cada vez más importancia hasta llegar a ser uno de los criterios definidores de la formación y deontología profesional del historiador universitario.<sup>23</sup>

Eran historiadores que buscaban la ciencia, como indicaba uno de los principales representantes franceses de esta corriente:

<sup>20</sup> Véase, sin ir más lejos, la introducción de José Antonio Maravall a Francisco Martínez Marina, *Discurso sobre el origen de la Monarquía y sobre la naturaleza del gobierno español*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1957, pp. 42-5.

<sup>21</sup> El doble argumento en que se basaba el protagonismo visigodo fue utilizado para ofrecer su visión de España tanto por tradicionalistas como por liberales. De hecho, los primeros insistieron en el papel de lo religioso: así, para Manuel García Morente (*Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, Rialp, 1957), el cristianismo constituía el elemento central y un factor providencial en la configuración de España durante la Edad Media (pp. 257-67); en cuanto a los segundos, resaltaban el papel de lo legislativo: Carlos Petit, «El catedrático y su biblioteca. Visigotismo y profesión universitaria en Rafael de Ureña», en la edición a Rafael de Ureña, *La legislación gótico-hispana (Leges antiquiores-liber iudiciorum)*. *Estudio crítico*, Pamplona, Ugoiti, 2003, pp. CXIII-CXVIII.

<sup>22</sup> Ignacio Peiró, *Los guardianes de la historia*, pp. 332-8.

<sup>23</sup> «Aspectos de la historiografía universitaria española en la primera mitad del siglo XX», *Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 73 (1998), p. 15.

Grâce aux progrès des sciences et des méthodes scientifiques, l'histoire possède aujourd'hui de merveilleux moyens d'investigation. [...] [L]a critique des textes, établie sur des principes et des classifications vraiment scientifiques, lui permet de reconstituer, si non dans leur pureté primitive, du moins sous une forme aussi peu altérée que possible tous les écrits historiques, juridiques, littéraires qui ne nous ont pas été conservés dans des manuscrits originaux et autographes. Ainsi secondée, armée de pareils instruments, l'histoire peut, avec une méthode rigoureuse et une critique prudente, sinon découvrir toujours la vérité complète, du moins déterminer exactement sur chaque point le certain, le vraisemblable, le douteux et le faux.<sup>24</sup>

No es de extrañar que en esta situación de práctica profesional articulada en torno al más estricto cumplimiento de la devoción crítica, el público lector se alejase paulatinamente de los académicos y éstos rechazasen de su seno a quienes no se ajustaban a los parámetros que definían la comunidad científica.<sup>25</sup> Lo más significativo es que, en buena medida, la imagen del historiador erudito de las primeras décadas del siglo XX se vinculaba con el medievalista, con el integrante de la *École des Chartes* o, como señalaba la citada referencia del profesor Peiró, con los historiadores en torno a Sánchez Albornoz y al *Anuario de Historia del Derecho Español*. Tal vez así se entiendan las irónicas palabras de Chesterton cuando justificaba la ausencia de hitos cronológicos en sus memorias: «espero que nadie lo interprete como una falta de respeto a esa gran escuela académica de historia que hoy se conoce como «1066 y todo lo demás»». Ironía sobre ironía, el autor británico se refería a un libro en el que se daba una visión humorística de la historia de Inglaterra, sumando la imagen de una historia tradicional y erudita con su propio desdén hacia lo cronológico.<sup>26</sup>

Además, la España de los años diez y veinte reclamaba una revisión del pasado que sirviese para la modificación de su presente. La figura de

<sup>24</sup> Gabriel Monod, «Introduction. Du progrès des études historiques en France depuis le XVI<sup>e</sup> siècle», *Revue Historique*, I/1 (1876), p. 27. Señalaba que el objetivo de la revista sería «un recueil de science positive et de libre discussion, mais elle se renfermera dans le domaine des faits et restera fermée aux théories politiques ou philosophiques» (p. 36).

<sup>25</sup> Sirva el ejemplo de Ernst Kantorowicz, cuyo *Kaiser Friedrich der Zweite* (2 vol., Berlín, Georg Bondi, 1927 y 1931) fue un éxito de público pero el blanco de las críticas profesionales, hasta el punto de generar una sonora controversia historiográfica (Véase F.J. Caspistegui, «Ernst H. Kantorowicz (1895-1963)», en: S. Aurell y F. Crosas (eds.), *Rewriting the Middle Ages*, pp. 195-221).

<sup>26</sup> *Autobiografía*, p. 352. El libro al que hace mención era el de Walter Carruthers Sellar y Robert Julian Yeatman, *1066 and all that. A memorable history of England, comprising all the parts you can remember, including 103 good things, 5 bad kings and 2 genuine dates*, Londres, Methuen, 1930, un éxito de público desde su primera aparición, con más de medio centenar de ediciones e incluso una adaptación teatral.

José Ortega y Gasset (1883-1955) actuó como eje de cuantos aspiraban a la transformación. A través de sus iniciativas políticas, periodísticas o intelectuales, trató de canalizar el descontento y con ello proporcionó argumentos sobre los que se izaron muchas de las iniciativas posteriores. En uno de los libros publicados en estos años veinte hacía una reflexión sobre la historia medieval española que él mismo juzgaba provocadora, «una historia de España vuelta del revés». Para Ortega, un pueblo vital era un pueblo creador, y mientras los francos creaban el feudalismo, los visigodos, ya romanizados, civilizados y escasamente innovadores, no lo adoptaron. Los germanos, cuya fuerza y autoridad estarían en la base de su concepción del Estado, primero ganaban sus derechos y luego los defendían. A diferencia de ellos, romanos y demócratas –continuaba Ortega–, consideraban que los derechos eran inherentes a la persona. Sobre esta base, la debilidad visigoda llevaba a una permanente sensación de decadencia, que Ortega extendía a todo el período posterior al inicio de la Edad Media: «en nuestro pasado la anormalidad ha sido lo normal. Venimos, pues, a la conclusión de que la historia de España entera, y salvo fugaces jornadas, ha sido la historia de una decadencia». Bajo este declive permanente latía la ausencia de liderazgo capacitado. Frente a ello, pretendía encontrar la respuesta rastreando en los tiempos medios las bases de la futura regeneración del país mediante la corrección de errores seculares:

Éste es el valor que tiene para mí transferir toda la cuestión de la Edad Moderna a la Edad Media, época en que España se constituye. Y si yo gozase de alguna autoridad sobre los jóvenes capaces de dedicarse a la investigación histórica, me permitiría recomendarles que dejaran de andar por las ramas y estudiaran los siglos medios y la generación de España. Todas las explicaciones que se han dado de su decadencia no resisten cinco minutos del más tosco análisis. Y es natural, porque mal puede darse con la causa de una decadencia cuando esta decadencia no ha existido.

*El secreto de los grandes problemas españoles está en la Edad Media.* Acercándonos a ella corregimos el error de suponer que sólo en los últimos siglos ha decaído la vitalidad de nuestro pueblo, pero que fue en los comienzos de su historia tan enérgico y capaz como cualquiera otra raza continental. Ensaye quien quiera la lectura paralela de nuestras crónicas medievales y de las francesas. La comparación le hará ver con ejemplar evidencia que, poco más o menos, la misma distancia hoy notoria entre la vida española y la francesa existía ya entonces.<sup>27</sup>

<sup>27</sup> *España invertebrada. Bosquejo de algunos pensamientos históricos, Obras Completas*, III (1917-1925), Madrid, Fundación Ortega y Gasset/Taurus, 2004 (ed. original, 1921), pp. 421-512, las citas, respectivamente, en las pp. 496, 502 y 503. Énfasis añadido.



Escrito a comienzos de los años veinte, fue reeditado en varias ocasiones antes de la guerra civil. En sus incitaciones encontramos los ecos del gran tema de debate nacional desde el 98, la gran pregunta sobre el ser de España, las razones de sus fracasos y de sus éxitos, con una mirada permanente hacia un pasado al que se pedían respuestas. Tras la quiebra de 1936, la pregunta se mantuvo y muchas de las inquietudes que reflejaba Ortega siguieron formulándose en un marco claramente distinto, pero siempre buscando dar salida a la demanda del filósofo madrileño: «Yo sé que un día, espero que próximo, habrá verdaderos libros sobre historia de España, compuestos por verdaderos historiadores», señalaba en el prólogo a la edición de 1934 de *España invertebrada*.<sup>28</sup> Años después se refería José Antonio Maravall (1911-1985) a la «función de integradora de la comunidad» que tenía la historia. Y lo mencionaba al analizar la obra de síntesis a la que daba nombre Ramón Menéndez Pidal (1868-1969):

Sin duda, tenía ya presente esta orientación de la obra pidaliana Ortega, cuando un día, en un momento especialmente problemático y virulento de nuestro tiempo presente, me hablaba de que tenía puesta una gran esperanza en la aparición de la monumental *Historia de España* que por entonces empezaba a publicarse bajo la dirección de aquél. Merced a ese esfuerzo que nuestra escuela histórica iba a llevar a cabo, guiada por su gran maestro, se pondría en claro ante las gentes una línea histórica española dotada de sentido y capaz, a su vez, de darlo a los programas de futuro que los españoles, o por lo menos aquellos españoles necesitados de un esquema intelectualmente válido para organizar su existencia, formularan.<sup>29</sup>

Una doble influencia, un doble magisterio, interpretaba Maravall en su pasado de pre-guerra: por un lado el recibido de Ortega; por otro, el que le llegaría de Menéndez Pidal. Tras ellos, una común preocupación por España que, de hecho, se mantendría en unas preguntas que se siguieron formulando, sobre todo tras el final de la II Guerra Mundial, con un marcado acento histórico y un peso significativo de lo medieval en la búsqueda de sus raíces.

<sup>28</sup> *Ibidem*, p. 431.

<sup>29</sup> José Antonio Maravall, «Menéndez Pidal y la renovación de la historiografía», en su: *Menéndez Pidal y la historia del pensamiento*, Madrid, Arion, 1960, p. 151 (publicado originalmente, con el mismo título, en la *Revista de Estudios Políticos*, 105 (1959), pp. 49-99).

### José Antonio Maravall en el medievalismo, cultural y profesional, de la España de los cincuenta

Cuenta Günter Grass en sus memorias que la Edad Media era un espacio entre la historia y el mito en el que solía refugiarse cuando era un muchacho, durante la II Guerra Mundial, en las guardias de campamento o en sus momentos de ensoñación. Cómo, incluso, cuando el aún joven aprendiz de artista planteaba realizar su primer viaje a Italia, a comienzos de los años cincuenta, por medio del «antiguo instinto alemán, me sentí atraído, como en otro tiempo los teutones, los emperadores Staufer y los romanos alemanes, devotos del Arte, por Italia. El lejano objetivo de mi viaje era Palermo: con él me había familiarizado ya de joven, sonámbulamente, como doncel o halconero de Federico II». <sup>30</sup> No sería de extrañar que un joven estudiante en la Alemania de fines de los treinta y comienzos de los cuarenta hubiese leído la biografía que al emperador alemán dedicó el ya mencionado Ernst Kantorowicz y cuyo éxito lo hizo libro de cabecera de los jerarcas nazis, en buena medida por la visión nacionalista regeneradora contenida en el rescate de un momento glorioso de la historia alemana. Éste podría ser un hilo interesante, aunque imaginario, entre Grass, Kantorowicz y Maravall pues en los tres la conexión medieval les llevaba a la reflexión sobre su propio país, al refugio en un tiempo que proporcionaba consuelo y respuestas o, al menos, la posibilidad de obtenerlas. <sup>31</sup> Este medievalismo cultural compartido por amplios sectores europeos, lo resumía bien uno de los historiadores españoles del momento, al afirmar su doble componente, profesional y de reflexión general:

Se ha heredado el entusiasmo romántico por la Edad Media, y la objetividad del positivismo. El gusto romántico y hegeliano por las síntesis se ha superado en el sentido de la documentación y la fidelidad rigurosa del dato. Al mismo tiempo, el método y rigor de la ciencia positivista se ha enriquecido dotando a la historia de una amplitud y una elevación que no cabía en la estrecha concepción filosófica positivista. Hoy en día la especialidad medievalista es una de las constituídas sobre base más firme y apoyada en

<sup>30</sup> *Pelando la cebolla*, Madrid, Alfaguara, 2007 (ed. original, *Beim Häuten der Zwiebel*, Göttingen, Steidl Verlag, 2006), p. 330.

<sup>31</sup> En cambio, para un coetáneo de Grass, Joachim Fest, el período de refugio, no sólo durante la guerra sino durante toda su vida, fue el Renacimiento italiano. Tal vez influyese en ello el hecho de que las posiciones de ambos en sus años juveniles difiriesen radicalmente, más cercanas a opciones totalitarias las del futuro premio Nóbel y claramente opuestas las del posterior biógrafo de Hitler. En 1939, recuerda este último que su padre le indicó que si iba a dedicarse a la historia, «haría bien en no remontarme más allá del siglo XV para acercarme al presente; de lo contrario, caería inevitablemente muy cerca de las épocas dominadas por los nazis» (*Yo no. El rechazo del nazismo como actitud moral*, Madrid, Taurus, 2007 –ed. original, Reinbek, Rowohlt Verlag GmbH, 2006–, p. 102).

disciplinas auxiliares de mayor desarrollo, eficacia y autonomía en el orden del conocimiento.<sup>32</sup>

El medievalismo representaba, por tanto, una *summa* historiográfica y, a la par, reflexiva, canalizando inquietudes y tranquilizando conciencias académicas mediante la segura adscripción a un método. Se podía pensar la nación porque la vía para hacerlo estaba fundada sobre la base erudita. Además, se podía seguir al entonces influyente Romano Guardini (1885-1968), para quien «[l]a antropología de la Edad Media, considerada tanto en sus principios como en su conjunto, es superior a la de la Edad Moderna; su doctrina ética y moral considera un ser más completo y conduce a realizaciones más elevadas».<sup>33</sup> El componente unitario de este período histórico, para Guardini, serviría como contrapunto a una modernidad en declive y por tanto sería útil como referente, como ideal en el que mirarse desde un presente que, tras la guerra, mostraba todos los horrores atribuidos a la conciencia moderna.

Es en este contexto en el que cabría entender a José Antonio Maravall, para quien la preocupación por España había estado muy presente antes de la guerra civil como, de hecho, escribía en 1934:

el español de nuestros días, para encuadrar con plena responsabilidad su presencia en el mundo, ha de empezar por plantearse su posición ante España. [...] Y resulta que en esa comunidad de existencia que llamamos España ha intervenido aquel pasado, porque España es una masa de experiencias espirituales que han vivido generaciones anteriores. Ahora bien, al tenerse que formar el individuo ante esta España concreta, que hunde en el pretérito una de sus raíces, necesariamente tiene que contar con esa presencia actual de los tiempos pasados.<sup>34</sup>

<sup>32</sup> Santiago Montero Díaz, *Introducción al estudio de la Edad Media*, p. 79; también, p. 104.

<sup>33</sup> *El ocaso de la Edad Moderna. Un intento de orientación*, Madrid, Guadarrama, 1963 –1ª ed. en castellano, 1958; ed. orig.: *Das Ende der Neuzeit*, Basilea, Hess Verlag, 1950–, pp. 19-47, p. 36 para la cita. Es significativo que mencione a Dante como la encarnación de la plenitud de esta imagen medieval (p. 41).

<sup>34</sup> José Antonio Maravall, «Castilla, o la moral de la creación», *Revista de Occidente*, XLVI (1934), pp. 59-75, la cita, en la p. 64 –mencionaba este artículo, sin citarlo, como testimonio de su dramático interés juvenil por la nación y su historia, en su discurso de ingreso en la Academia: *Los factores de la idea de progreso en el Renacimiento español*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1963, p. 7–. Cuando escriba *El concepto de España en la Edad Media*, recogerá esta idea al afirmar: «Ese grupo humano, objeto de una historia –porque aunque se trate de grupos, en la medida en que pueden ser reunidos en una concepción histórica, aparecen formando un grupo superior–, por el hecho de ser a su vez sujeto de un acontecer en conjunto, toma un carácter de comunidad, al que corresponde el carácter unitario del espacio en que se encuentra instalado. La unidad de ese que propiamente más que espacio es ámbito, resulta precisamente del hecho indicado: de ser el escenario en que mora un grupo humano al que algo le sucede

La visión, como él mismo escribía líneas después de éstas, no era tradicionalista, no se quedaba en tiempos previos, sino que buscaba autoconstruirse con la colaboración de un pasado que actuaba en el presente pero sin determinarlo. La influencia de Ortega en el entonces joven estudiante y poeta fue enorme y, por tanto, la mirada hacia la Edad Media se hacía plenamente lógica en el sentido en que el maestro lo proponía en su *España invertebrada* que, significativamente, se reeditaba ese mismo año 1934. No es de extrañar, por tanto, que cuando formulaba que «[e]l secreto de los grandes problemas españoles está en la Edad Media», Maravall tratara de buscar la respuesta en un espacio concreto, tuviera que llegar «hasta Castilla y arrancársela con esfuerzo. Así lo han hecho los mejores españoles de hoy, a los que otros españoles nos ennoblecemos de llamar maestros». <sup>35</sup> Y añadía que era cada uno quien debía pensar, enraizado en la sangre que le ataba a la tierra castellana, influido por ella y por la profundidad moral que representaba. De ahí surgía la respuesta a la pregunta de Ortega: «cuando esto fue así para un pueblo entero –no para la total suma de sus habitantes, sino para la unidad espiritual que él es–, ese pueblo pudo ejecutar la obra de Castilla». <sup>36</sup> En el único momento activo de su historia durante el siglo XVI, el protagonismo estuvo en el pueblo, no en sus dirigentes, decía Ortega, y España surgió como potencia mientras ese pueblo aguantó. Para Maravall,

[a] un pueblo como el español, allá en su hora original y no cuando lo falsearon políticas extranjeras, al que cualquier desaprensivo de allende los Pirineos ha considerado como pasivo, estático y aun casi budista, corresponde en rigor una historia de pura acción. Porque no es el español aquel al que influencias raciales de gentes extrañas pueden haber hecho así en alguna comarca determinada. La original aportación del español a la historia es un ejemplo noble de la moral de la creación.

---

en común» (p. 9). Años más tarde, al elaborar el prólogo para la edición de la *Historia de la civilización ibérica*, de Joaquim Pedro de Oliveira Martins (Madrid, Seminarios y Ediciones, 1972), señalaba la importancia que el autor portugués daba a la Edad Media como período formativo clave de la nación: «La fase medieval nos muestra cómo se descomponen los elementos recibidos de la herencia antigua y se reconstruyen con otros nuevos» (p. 16).

<sup>35</sup> «Castilla, o la moral de la creación», p. 68. Luis Díez del Corral, amigo íntimo de Maravall y un paralelo cercano en el proceso de evolución, señalaba en la reseña a *El concepto de España en la Edad Media*, sus conexiones con el *España invertebrada* de Ortega (Luis Díez del Corral, en: *Revista de Estudios Políticos*, LIV/82 (1955), p. 200 -publicado posteriormente en su *De historia y política*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1956, pp. 149-74). También destacaba esta relación Luis García de Valdeavellano en su reseña (*Anuario de Historia del Derecho Español*, XXV (1955), p. 877).

<sup>36</sup> «Castilla, o la moral de la creación», p. 71. Una idea muy similar la expresaba cinco años después cuando afirmaba «el sentido metafísico de la unidad de los hombres de ayer, de hoy y de mañana, de la nación de los españoles» («Metafísica de la unidad de España», *Arriba*, 29-XI-1939, p. 3).

Los entusiasmos colectivos brotaron una época en Castilla ante una empresa moral, lanzando a la acción, a la creación de nuevos hechos perdurables. En ese momento pudo Castilla vivir con plenitud su participación en la historia universal.<sup>37</sup>

Pero un impulso así no fue flor de un día, sino algo que se había fundado en un pequeño rincón desde el cual se extendió todo. Castilla la Vieja y Fernán González supusieron el telón sobre el que se desarrolló la historia: «Esos héroes y estas hazañas castellanas son históricas, no por pasadas, sino porque colaboran con nosotros a construir nuestro porvenir, a dar realidad a la historia mejor, que es la historia por hacer del futuro». Y añadía Maravall:

Por consiguiente, aquellos actos de la primera historia castellana que se produjeron en los orígenes del español, en cuanto nacieron en un clima de cultura moral del hombre y en tal clima actuaron, llevaban en sí una posibilidad de influencia en el desenvolvimiento de la existencia de la comunidad espiritual humana que vino después. ¿Hay una serie de actitudes, valores, energías, de entonces vigentes en la actualidad? Aunque así no fuera, los factores que actuaron en aquel momento han sido parte en la elaboración del presente. La obra moral, histórica del hombre, la hereda aquél que le sucede. Ella constituye una herencia que obliga, que supone para el que la recibe estar en deuda con el que le entrega su pasado. Y obliga, en primer lugar, a saber qué es lo que se hereda.<sup>38</sup>

El activismo, la acción, hacia el interior y hacia el exterior, y no la esencia, o cualquier elemento inherente al ser común, conformarían el momento de arranque. Este historicismo orteguiano, en el que la presencia del influjo trascendental apenas se percibe, serviría como fundamento del desarrollo futuro de Castilla y, a partir de ella, de España, todo lo cual, según Ortega, no sería sino una excepción en la historia de una decadencia. Y ni las gentes extrañas, los musulmanes, ni los malos dirigentes («En Castilla, por lo tanto, importa todo lo contrario a la retórica muerta»), habrían participado en esos rasgos genuinos. Sólo la gente común, una gleba que sembraba la semilla desde la cual habría de regenerarse todo, «morir para sobrevivirse»,<sup>39</sup> era la que habría de impulsar el corazón de España, que era Castilla, como señalaba Ortega: «España es una cosa hecha por Castilla, y hay razones para ir sospechando que, en

<sup>37</sup> «Castilla, o la moral de la creación», p. 72.

<sup>38</sup> *Ibidem*, pp. 62 y 63. Posteriormente formularía el carácter de misión y de destino de los españoles en el artículo «Una vieja opinión sobre los españoles», *Arriba*, 24-XI-1940, p. 3. Véase también la interpretación de Santiago Montero Díaz, *Introducción al estudio de la Edad Media*, pp. 124-6.

<sup>39</sup> «Castilla, o la moral de la creación», pp. 72 y 73.

general, sólo cabezas castellanas tienen órganos adecuados para percibir el gran problema de la España integral». <sup>40</sup>

Por último, Maravall habría descubierto a Kantorowicz a partir de la publicación de *Los dos cuerpos del rey* (1957), una sugerente historia social e intelectual de las ideas a la que recurrió el historiador valenciano en repetidas ocasiones y hacia la que mostró su admiración, muy cercano a un estilo historiográfico con el que se reconoció de inmediato. <sup>41</sup> Por forzar el hilo de la imaginación, cuenta Grass en las mencionadas memorias que realizó un viaje a «la España hoscamente cerrada de Franco» en el otoño de 1954. <sup>42</sup> Unos meses antes había aparecido en las librerías el libro de Maravall, *El concepto de España en la Edad Media*. ¿Por qué no imaginarnos a un joven alemán observándolo en el escaparate de una librería, ya letraherido, sin comprenderlo, pero atraído por un título suficientemente transparente como para recordarle sus afanes medievalistas de juventud?

Junto a esta necesidad cultural que buscaba respuestas en el tiempo medio, el medievalismo profesional de los primeros años cincuenta partía todavía de una comprensión de la historia institucional y política, firmemente apoyada en la seguridad positivista del dato. En el caso español suponía además un elemento añadido, y es que en el método se podía conseguir refugio dentro de un clima intelectual poco aireado. Una consecuencia de ello fue lo que Miquel Marín ha denominado el fracaso de la normalización historiográfica, en parte por el control que el Estado seguía ejerciendo sobre la historia, en cuanto disciplina y en cuanto a contenidos, y en parte por la debilidad investigadora y asociativa de los historiadores. <sup>43</sup> Es reveladora la impresión de Hugh Trevor-Roper (1914-2003), modernista, en una carta de estos años:

I shall go for a fortnight to Spain, to visit the archives of Simancas and see, if I can, the few Spanish historians whom I respect. What wonderful subjects of history there are in Spain, if only there were historians to exploit them –or rather, if only Spanish historians had, as English and French historians have, the antiquarian researches of two centuries on which to base their work!<sup>44</sup> But

<sup>40</sup> *España invertebrada*, p. 447.

<sup>41</sup> Lo cita en *El concepto de España en la Edad Media*, a partir de la segunda edición, p. 439.

<sup>42</sup> *Pelando la cebolla*, p. 417.

<sup>43</sup> «El proceso de normalización interior de la historiografía española en los años cincuenta», en: Carlos Forcadell et al. (eds.), *Usos de la historia y políticas de la memoria*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004, pp. 247-52.

<sup>44</sup> No era una queja extraña en la propia España, donde un artículo de la década previa señalaba: «Nos falta el siglo XIX. Un Mommsen, un Savigny, un Fustel de Coulanges, un Grote, son cosas que no se sustituyen con retórica. Nos falta –triste es decirlo– todo un aspecto de la ciencia de hoy, que es esencial. [...] una gran escuela histórica, un hacer y entender español de la Historia, no la tenemos, salvo en algunas cuestiones parciales

alas, except for the work of the Duke of Alba and his *Real Academia*, there is almost nothing: the history of Spain has been written almost entirely –as to the 16th & 17th centuries– from Venetian ambassadors' *Relazioni*, from Don Quixote, and from the 500 surviving comedies of Lope de Vega (Thank God the other 1000 have been lost!).<sup>45</sup>

Por su parte, Peter Linehan, medievalista británico, se refería a la situación ya en los sesenta, mencionando irónicamente a unos historiadores españoles para quienes «History was the past, and the past was dead. Indeed it was its very deadness that was History's principal recommendation. For the dead have no tales to tell. The fact that Spaniards had been more given to 'historical and practical' than to 'speculative' pursuits had been the saving of Spain [...]. History had saved Spain from 'errors and heresies'». ¿Cómo la historia habría conseguido este objetivo? Muy sencillo, interpretaba Linehan, porque para ellos, «historical research was a process akin to that of consulting a railway timetable [...] there was nothing to discover because it had all been discovered already. The story was complete, cut and dried, as in a railway timetable».<sup>46</sup>

Aunque estas dos impresiones jueguen con la ironía, es evidente que la España sometida a una década de régimen dictatorial no fue pródiga en una historiografía relevante. Sin embargo, la inquietud ya añeja por la esencia nacional siguió produciendo frutos significativos, especialmente en el tránsito entre los años cuarenta y cincuenta: Ramón Menéndez Pidal, Américo Castro (1885-1972), Claudio Sánchez Albornoz (1893-1984), Jaime Vicens Vives (1910-1960), Manuel García Morente (1888-1942) y el propio Maravall,<sup>47</sup> fueron autores que en esos años mantuvieron la reflexión sobre el ser de España oscilando entre el ensayo y la reflexión histórica, vinculándose a respuestas esencialistas o desmitificadoras, pero insertos, de grado, como rechazo o por casualidad, en el marco que Ortega construyera unas décadas más atrás.<sup>48</sup> Todos

---

e inexcusables», Carlos Alonso del Real, «Historiadores en peligro», *Escorial. Revista de cultura y letras*, II/5 (1941), p. 414.

<sup>45</sup> La carta la escribe en Oxford, el 9 de agosto de 1953. Publicada en: Richard Davenport-Hines (ed.), *Letters from Oxford. Hugh Trevor-Roper to Bernard Berenson*, Londres, Phoenix, 2007 (1ª ed., 2006), p. 122.

<sup>46</sup> «History in a changing world: the case of medieval Spain», en su *Past and present in medieval Spain*, Aldershot, Variorum, 1992, pp. 6-7.

<sup>47</sup> Ramón Menéndez Pidal, *Los españoles en la historia*, Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1947; Américo Castro, *España en la historia (cristianos, moros y judíos)*, Buenos Aires, Losada, 1948 –reeditado, con reformas, como *La realidad histórica española*, México, Porrúa, 1954–; Jaime Vicens Vives, *Aproximación a la historia de España*, Barcelona, Vicens Vives, 1952; Manuel García Morente, *Ideas para una filosofía de la historia de España*, Madrid, Rialp, 1957 (ed. original, 1942); Claudio Sánchez Albornoz, *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, Sudamericana, 1956.

<sup>48</sup> Véanse, entre otros: Eloy Benito Ruano, «En principio fue el nombre», en: *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1997, pp. 13-27;

ellos fijaron una considerable, cuando no exclusiva, atención en la Edad Media. Algunos para suavizar las ideas de Marcelino Menéndez Pelayo sobre la esencialidad de la unión entre España y el catolicismo; otros para relajar el vínculo entre Castilla y España, que Fray Justo Pérez de Urbel consideraba crucial; incluso quienes seguían a Ortega y trataban de buscar en el medievo las raíces del eterno declive de España. Sin embargo, estas reflexiones provocaron las críticas de los medievalistas profesionales, distanciados de cualquier filosofía de la historia mediante el rigor metodológico.

Sin embargo, tampoco el refugio metodológico-profesional iba a ser suficiente mediada la década de los cincuenta, y sus insuficiencias quedarían de manifiesto a través de la crítica de sus más novedosos practicantes. Así, Vicens Vives, en el primer número del *Índice Histórico Español*, hablaba de crisis en el medievalismo e insistía en un aspecto de ella: «Los medievalistas, en general, desconocen el rumbo presente de los estudios históricos similares en el extranjero y continúan aferrados a viejos sistemas filológicos, eruditos y diplomáticos, cuyo contenido cultural y social es absolutamente insuficiente». Sólo salvaba a José María Lacarra (1907-1987), al que consideraba «maestro de nuestro medievalismo», pero su impresión, en general, era poco halagüeña.<sup>49</sup> Unos años más tarde, en la reedición de su conocida *Aproximación a la historia de España*, iba más lejos en la crítica, al señalar la negativa influencia que en sus maestros jugó el libro de Ernest Bernheim, que les había llevado a realizar «una fría y estéril historia de las instituciones. Poco a poco fue olvidándose el factor humano, que es la base de toda historiografía».<sup>50</sup> Y añadía:

Este virus penetró profundamente en el campo de nuestro medievalismo, en el que causó serios estragos al emparejarse con otro no menos peligroso: el puro

---

Carlos Dardé, *La idea de España en la historiografía del siglo XX*, Santander, Universidad de Cantabria, 1999, pp. 9-23; Juan Pablo Fusi, *España. La evolución de la identidad nacional*, Madrid, Temas de Hoy, 2000, pp. 11-17.

<sup>49</sup> «Los estudios históricos españoles en 1952-1954», *Índice Histórico Español*, I (1953-54), pp. XVI y XVII. El propio Vicens se encontraba abandonando el medievalismo de forma paralela a la transformación de su concepción de la historia, aunque alguno de sus últimos trabajos como medievalista aún se ajustase a una historia más vinculada a los trabajos que criticaba (cf. Miquel A. Marín Gelabert, «La fatiga de una generación. Jaime Vicens Vives y su *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*», en: Jaime Vicens Vives, *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2006, pp. VII-CXX).

<sup>50</sup> *Aproximación a la historia de España*, Barcelona, Vicens Vives, 1968 (5ª, 1ª, 1952; definitiva, la 2ª, 1960), p. 13. Las palabras entrecomilladas pertenecen al «A guisa de prólogo» (pp. 7-23), firmado en febrero de 1960. El libro de Bernheim al que se refería Vicens era la *Introducción al estudio de la historia*, Barcelona, Labor, 1937 (ed. original: *Lehrbuch der historischen Methode und der Geschichts-Philosophie. Mit Nachweis der wichtigsten Quellen und Hilfsmittel zum Studium der Geschichte*, Leipzig, Duncker & Humblot, 1889).



filologismo, el mito del documento. Por esta profunda razón el actual medievalismo español se halla metido en el callejón sin salida en que se discuten las palabras y no los hombres. En general, se ha olvidado que toda palabra es un eco del pasado y que no refleja en absoluto la nueva realidad vital que intenta definir.<sup>51</sup>

Criticaba la historia institucional, la filologista, pero también a los culturalistas, a quienes no consideraba capaces de aportar un conocimiento exacto del pasado español. Les criticaba la exigencia previa, para su realización, de un esquema mental; el hecho de que se refirieran a minorías exiguas, lo que, pensaba, la equiparaba a la antigua historia política; y, por último, les reprochaba la ausencia de un método que sirviera para fijar la aportación de la disciplina a su país o a su sociedad.<sup>52</sup> De hecho, consideraba más peligrosa la reflexión globalizadora, el esquema mental previo, poco aferrado a las raíces de la disciplina. Así, al hablar de los libros de Castro y Sánchez Albornoz, señalaba: «Este tipo de género historiográfico debería tratarse con especial cuidado para no convertirlo en encubierta programación de tipo político, por lo menos hasta que nuestra ciencia no pisara más firme en el suelo de las realidades concretas (esto es, fechadas y avaladas por cifras estadísticas)».<sup>53</sup> No se trataba de una contradicción, en modo alguno, sino de la búsqueda de un cierto equilibrio. La documentación era fundamental y su labor de archivo un sólido basamento de la obra que dejó; sin embargo, un exceso de erudición lastraba las que, en 1960, pero incluso ya en 1954, estaban siendo las pautas rectoras de su trabajo historiográfico. De hecho, la buena historia se apoyaba, para Vicens, en las realidades concretas respaldadas por un método similar al de cualquier otra ciencia.

En esta misma línea crítica coincidía José María Lacarra, uno de los pocos medievalistas a los que Vicens admiraba. De hecho, el historiador estellés mostraba una considerable distancia con las reflexiones globales, aunque admitiera, con elegancia, las posibilidades que ofrecían:

La historia de España y, más concretamente, la *España medieval*, ha sido objeto de exposiciones de conjunto, de interpretaciones y de valoraciones —és-

<sup>51</sup> *Aproximación a la historia de España*, p. 13.

<sup>52</sup> *Aproximación a la historia de España*, p. 15. La ausencia de método según Vicens suponía la permanencia de un mal método, permanencia que extendía a lo temático Miguel Ángel Ladero Quesada («Aproximación al medievalismo español (1939-1984)», en: V. Vázquez de Prada, I. Olábarri y A. Floristán Imízcoz (eds.), *La historiografía en occidente desde 1945. Actitudes, tendencias y problemas metodológicos*, Pamplona, Eunsa, 1985), que diagnosticaba una «continuidad casi completa con respecto a los temas e intereses de la época anterior, centrados, sobre todo, en los siglos altomedievales, hasta el siglo XIII inclusive» (p. 71).

<sup>53</sup> «Los estudios históricos españoles en 1952-1954», p. XI.

tas no siempre encerradas en el marco de una exposición histórica— que han centrado en la Edad Media el interés de investigadores procedentes de campos diversos. Si en muchos aspectos no se ha llegado a conclusiones muy firmes, es innegable que tan variadas colaboraciones han venido a ensanchar las perspectivas del historiador. Recomendaríamos a los ‘aficionados’ un poco de contención en la *ola de fácil ‘filosofía de la historia’ que nos amenaza*.<sup>54</sup>

No deja de ser llamativa la advertencia sobre dos factores fundamentales: primero la garantía que se depositaba en la profesionalidad de los historiadores frente a unos aficionados cuya intervención tendía a lo evanescente; y segundo, la filosofía de la historia como un mal para la práctica de la historia. De alguna manera, era una forma de fundamentar el trabajo del historiador académico, sometido a norma y cuyo carácter profesional estaba garantizado. Este camino hacia la normalización era una posibilidad con la que el profesorado universitario pudo comenzar a contar en esos primeros años cincuenta, creando un perfil historiográfico en el que el Estado, que aún mantenía el control en muchos otros aspectos, no podía someter por completo. Esto supuso, de todas formas, la aparición de distintos tipos de profesionales y, por tanto, de sonoras rupturas, generacionales en parte, pero también metodológicas.<sup>55</sup>

En definitiva, el medievalismo español de la primera mitad de los años cincuenta daba cita a dos tipos de historiadores: aquellos que se ajustaban a los parámetros disciplinares, básicamente vinculados a una metodología que, aunque variable, confería el estatus profesional adecuado; y quienes apoyaban en una visión de la historia medieval española visiones tendentes a lo político, según Vicens, o a lo filosófico, según Lacarra.

Sirva todo ello como puerta de entrada a un contexto complejo y a preguntarnos por el espacio investigador y la definición profesional de un historiador a comienzos de los años cincuenta. Pese a lo que hemos visto a partir de su artículo seminal de 1934, José Antonio Maravall no se convirtió en un medievalista aunque el medievalismo cultural proporcionase un persistente telón de fondo. Su obra histórica inicial se había vinculado a la época moderna, donde habían aparecido ya sus primeras publicaciones a mediados de la década anterior, comenzando por su tesis, dedicada a la teoría del Estado en el siglo XVII.<sup>56</sup> En esta

<sup>54</sup> «Los estudios de Edad Media española de 1952 a 1955», *Índice Histórico Español*, II (1955-1956), pp. XII-XIII. Énfasis añadido.

<sup>55</sup> Miquel A. Marín Gelabert, «El proceso de normalización interior de la historiografía española en los años cincuenta», p. 249, 255.

<sup>56</sup> *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1944 (2ª ed., Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1997; trad. al francés, *La philosophie politique espagnole au XVII<sup>e</sup> siècle*, París, J. Vrin, 1955). En 1943 había publicado dos artículos: «Sobre el problema político español en las postrimerías

línea siguieron sus trabajos hasta 1953, en que publicó su primer texto de temática medieval, «La formación de la conciencia estamental entre los letrados». ¿Por qué, si parecía acercarse a una respuesta histórica a las demandas de Ortega, dejó ese camino y se vinculó a la modernidad? La respuesta, tentativa por supuesto, podría ir en la dirección del influjo ambiental. Es evidente que la investigación histórica preferida por quien se mantuvo en las cercanías del nuevo régimen político instaurado en 1939, se mostraría acorde con sus pautas principales. De hecho, una parte de sus artículos de tono histórico publicados en el diario *Arriba* entre 1939 y 1942, se acercaba a temáticas más vinculadas con el mundo moderno que con el medieval, aunque en ellos perviviese la sombra de lo medieval como inspiradora de lo moderno.<sup>57</sup> Y ello aunque esta especialización temporal estuviese matizada por la novedad de la perspectiva de una historia del pensamiento político que Maravall aportaba. Este punto de vista venía en buena medida condicionado por su propia formación jurídica e incluso por su trayectoria académica, dado que en 1946 obtuvo la cátedra de Derecho Político y Teoría de la Sociedad, todo lo cual lo vinculaba a un área no especialmente transitada. De hecho, ya hemos visto cómo su tesis trató ya sobre historia del pensamiento político en la época moderna.

¿Por qué entonces el regreso a la Edad Media? En buena medida, y como el mismo Maravall justificaba en los años sesenta y posteriores, por las necesidades que el estudio de la historia moderna implicaba;<sup>58</sup>

---

de la Casa de Austria», *Revista de Estudios Políticos*, 9, pp. 152-7, y «Un problema de la teoría del poder en la doctrina española», *Revista de Estudios Políticos*, 12, pp. 401-42.

<sup>57</sup> Véase la nota 63. José Álvarez Junco, en el «Prólogo» a la última edición de los *Estudios de Historia del Pensamiento Español. Serie Primera, Edad Media* (Madrid/Agencia Española de Cooperación Internacional/ Cultura Hispánica, 2001), señala que durante esta época, «en el pasado creía hallar un fuerte sentido de la identidad nacional, basado en una fórmula política cristiana e integradora» (p. 21).

<sup>58</sup> Así lo hizo, por ejemplo, en la introducción a la recopilación de sus trabajos medievalistas, al afirmar que «el estudio, el más objetivo y científico posible de la Edad Media española, sigue siendo un trabajo ineludible para penetrar en el análisis de nuestra situación histórica moderna» (*Estudios de historia del pensamiento español. Serie I. Edad Media*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana, 1967, p. 11); también lo afirmó así, de forma tajante, en las adiciones a la edición de 1983: «Nosotros nos hemos ocupado de algunos puntos de Historia Medieval tan sólo en la medida en que nos era necesario para entender ciertos aspectos de la Historia social de la mentalidad moderna» (p. 30); en el prólogo a la segunda edición de *El concepto de España en la Edad Media* (Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1963, p. 7), señalaba que los siglos modernos dependían «de la propia visión que de su convivencia política tuvieron los españoles, a través de los siglos medievales en que se fraguaron las comunidades políticas de la Europa moderna». Por último, en el prólogo a la tercera edición de este mismo libro (Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1981, p. 10), hablaba de comunidad protonacional para referirse a las bases compartidas, no políticas, previas a los nacionalismos contemporáneos, y señalaba que «el Medieval –cuyo legado es herencia forzosa para la modernidad– llevó

también por la búsqueda de razones para fenómenos que, más allá de una historia política tradicional, le llevaban a rastrear sus orígenes fuera de los límites aceptados en la distribución profesional del tiempo histórico;<sup>59</sup> por el hecho de que su perspectiva fuese la del historiador de las ideas, una *rara avis* historiográfica en los años cincuenta; o tal vez, en definitiva, por proporcionar un campo de «entrenamiento» de las habilidades historiográficas: «hay que reconocer que unos años de formación e investigación como medievalista vienen muy bien a quienes luego van a hacer historia moderna de alguno de nuestros países europeos».<sup>60</sup>

En cualquier caso, sigue persistiendo una duda más allá de los límites de área académica. Y es que el arranque de su faceta medievalista coincidió con los últimos años de su estancia parisina, en la que había ejercido como Director del Colegio de España desde 1949. Fue a su regreso de dicha estancia cuando se pudo apreciar un cambio considerable en la forma de concebir la historia,<sup>61</sup> pero podría cabernos la duda de si fue en aquella etapa cuando puso en marcha la realización de su obra medievalista. La respuesta que avanzamos es que, en buena medida, el

---

a los grupos peninsulares al nivel de las amplias y caracterizadas comunidades, que se muestran ya interiorizadas en la conciencia de sus miembros, pero sin que hubieran solidificado fuertemente con el carácter excluyente del tipo de nación posterior a 1789». Señala Carmen Iglesias («España y Europa en el pensamiento de José Antonio Maravall», en: Esteban Sarasa y Eliseo Serrano (coords.), *Historiadores de la España medieval y moderna. Revista de Historia Jerónimo Zurita*, 73, 1998, p. 214) que el libro de 1944 le llevó al Renacimiento y éste, «le obligó a bucear en aspectos clave de la Edad Media, quizás para averiguar si había ya en ella indicios del 'umbral de modernidad'». De igual modo, Julio Valdeón («Maravall como estudioso de la Edad Media española», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 477/8, 1990, p. 250; lo recuerda en la p. 257) señala que «Maravall buceó en el medievo para desentrañar las raíces de la época moderna, campo fundamental de su investigación».

<sup>59</sup> Sirva de ejemplo el hecho de que en *El concepto de España en la Edad Media*, se preguntaba por el concepto de nación, del que afirmaba: «si esa típica forma de comunidad política que es la nación, ni existe propiamente, ni, en consecuencia, actúa en la Historia de Europa hasta un momento dado, muy próximo a nosotros, muy moderno, es necesario, una vez sentado lo anterior, añadir que con ello no quiere decirse que no hayan existido antes otras formas políticas de vida en común; otras formas, cuyo principio de fusión y cuya capacidad de obrar han presentado una intensidad que difícilmente se puede dejar de reconocer» (p. 555 –ed. de 1954–). No habría nación, señalaba, pero no podría negarse la existencia de comunidad. Más espontáneamente lo dice al hablar de la existencia de un sentimiento de independencia, que matiza señalando: «no digamos, ¡por Dios!, un sentimiento nacional» (p. 132 de la ed. de 1954; en la de 1964 se sustituye por «no digamos, en modo alguno...», p. 127).

<sup>60</sup> Recordaba los orígenes medievalistas de Marcelin Defourneux al realizar la reseña al libro de éste, *L'Inquisition espagnole et les livres français au XVIIIe siècle*, París, PUF, 1963, publicada en *Revista de Occidente*, 20 (1964), pp. 255-62. Recogida en la edición de Carmen Iglesias, *Estudios de historia del pensamiento español (siglo XVIII)*, Madrid, Mondadori, 1991, p. 567 para la cita.

<sup>61</sup> Véase mi «La Teoría del saber histórico en la historiografía de su tiempo», en: José Antonio Maravall, *Teoría del saber histórico*, ed. de F.J. Caspistegui e Ignacio Izuzquiza, Pamplona, Urgoiti, 2007, pp. XLVIII-LVIII.

interés por ese período histórico estaba presente en su obra de forma muy temprana. De hecho, ya en su tesis, publicada en 1944, señalaba que la renovación del Renacimiento se fraguaba desde tiempo atrás y que su asimilación se asentó gracias «en gran parte a los vigorosos jugos medievales de que estaba nutrido».<sup>62</sup> Mediante sus críticas a Jacob Burckhardt (1818-1897), mostraba la importancia del cristianismo de los tres últimos siglos medievales, y consideraba que el origen del Renacimiento estaba en la continuidad respecto a la Edad Media.<sup>63</sup> De hecho, señalaba:

El hecho de que todo pasado, en grado tanto mayor cuanto más próximo sea, esté actualizado en el presente, cuyas específicas circunstancias contribuye a crear, nos obliga, para comprender una época dada, a echar una mirada al tiempo que la precedió, así como también al que le sigue. La razón histórica, cuyo carácter es discursivo, como toda razón, exige contar lo que ha pasado antes para encontrar sentido a lo que viene después.<sup>64</sup>

Encontramos en esta propuesta la conexión con las preocupaciones previas a la guerra, con el historicismo orteguiano, la importancia de la historia en la conformación de los individuos y, por extensión, de las naciones. En definitiva, está aquí la razón de sus incursiones hacia la Edad Media como fundamento en el que apoyar su investigación modernista.<sup>65</sup>

### José Antonio Maravall como autor de historia medieval

En anexo a este texto se incluye la producción medievalista de nuestro autor. Por comenzar de forma cuantitativa, cabría hacer el siguiente desglose de la obra completa de José Antonio Maravall:<sup>66</sup>

<sup>62</sup> *Teoría española del estado en el siglo XVII*, p. 21. Esta idea la defiende, apoyándose extensamente en la obra de Maravall, Ottavio di Camillo, «Interpretations of the Renaissance in Spanish historical thought: the thirty years», *Renaissance Quarterly*, 49/2 (1996), pp. 360-83.

<sup>63</sup> Ya había defendido estas ideas en varios artículos publicados en su fase menos ideológica dentro del diario *Arriba*. Valgan como ejemplos los siguientes: «La interpretación del Renacimiento. El sentido de la tesis de Burckhardt, I», 30-V-1942, p. 5; «La interpretación del renacimiento. El sentido de la tesis de Burckhardt, y II», 6-VI-1942, p. 5; «El hombre nuevo del renacimiento», 9-VII-1942, p. 3; «El Imperio de las otras culturas», 15-VII-1942, p. 3; «El ideal del sabio», 19-VIII-1942, p. 3.

<sup>64</sup> *La teoría española del estado en el siglo XVII*, p. 73.

<sup>65</sup> De forma evidente lo señalaba al afirmar que «[f]ue el Renacimiento filosófico del siglo XIII el que dio el impulso para la renovación política de los siglos siguientes» (*La teoría española del estado en el siglo XVII*, p. 77).

<sup>66</sup> Aunque hay casos de atribución doble, creemos que los datos pueden ser orientativos. Se han calculado a partir de la bibliografía procedente de la edición de la *Teoría del saber histórico* citada, pp. 213-31.

| Tipos de escritos                          | Cantidad | % sobre total | % sobre históricos |
|--|----------|---------------|--------------------|
| <b>Históricos</b>                          | 211      | 55,38         |                    |
| <i>Edad Media</i>                          | 29       | 7,61          | 13,74              |
| <i>Edad Moderna</i>                        | 135      | 35,43         | 63,90              |
| <i>Siglo XIX y teoría</i>                  | 47       | 12,33         | 22,27              |
| <b>Literarios, periodísticos y opinión</b> | 166      | 43,56         |                    |
| <b>Jurídicos</b>                           | 4        | 1,04          |                    |
| <b>TOTAL</b>                               | 381      | 211           | 100                |

Destaca de este cuadro la importancia que en un historiador caracterizado profesionalmente tuvo su presencia pública, su intervención en diversos medios de opinión, hasta el punto de alcanzar un significativo porcentaje de su producción. Sin embargo, es preciso tener en cuenta el mucho mayor volumen que alcanza su obra histórica, tanto en términos absolutos como en lo que concierne a la relevancia de sus resultados, por lo que una mera atribución cuantitativa puede resultar engañosa. En cualquier caso, es significativo observar la escasa presencia porcentual de su producción como medievalista. Sin embargo, pese a lo reducido del dato, llama la atención la concentración temporal de su publicación:

| Períodos     | Número de publicaciones |
|--------------|-------------------------|
| 1953-1960    | 12                      |
| 1961-1969    | 13                      |
| 1972-2007    | 4                       |
| <b>TOTAL</b> | 29                      |

Como puede verse, tres lustros asisten a la aparición de casi el noventa por ciento de todas sus publicaciones con una temática medieval. Como señalábamos en el punto anterior, la inquietud en la búsqueda de las raíces medievales se remontaba hasta sus primeros tiempos como historiador, no fue producto de su etapa parisina. De hecho, el libro medievalista por excelencia es *El concepto de España en la Edad Media*, publicado, como señala el propio Maravall, en diciembre de 1953 aunque, de hecho, figure 1954.<sup>67</sup> Es decir, lo terminó en París, como también una parte significativa de los artículos que posteriormente engrosarían el primer volumen de sus *Estudios de historia del pensamiento español*.<sup>68</sup>

<sup>67</sup> «Prólogo» a la tercera edición de *El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, Centro de Estudios Constitucionales, 1997, p. 14.

<sup>68</sup> Editado a principios de 1967 por el Instituto de Cooperación Iberoamericana. Marcel Ba-

Sin embargo, como ya señalábamos, ninguno de estos estudios surgió ni, en buena parte, se benefició de las novedades conceptuales adquiridas en esa estancia, sino que más bien fue el producto de la acumulación de materiales realizada desde años atrás, como era su costumbre y con la ya expresada finalidad de buscar una base sobre la que construir su reflexión modernista. Hay varios indicios en *El concepto de España* que nos conducen a esta opinión, como el escaso uso de bibliografía no española y, cuando la utilizó, con un carácter fundamentalmente documental,<sup>69</sup> como la colección de los *Monumenta Germaniae Historica*, la *Patrología latina* de Migne, o ediciones de fuentes realizadas en Francia, tanto de textos españoles como franceses, en este caso sí, aprovechando las bibliotecas parisinas. Pero también el uso minoritario de obras históricas españolas posteriores a 1949,<sup>70</sup> dejando aparte las de carácter documental, que se añadían a las abundantemente citadas *España sagrada* iniciada por el P. Flórez, la Biblioteca de Autores Españoles, o la *Hispania Illustrata*. También es significativa la casi nula presencia de la ya poderosa escuela de *Annales*, lo que muestra el escaso impacto que en él causó, al menos en este período.<sup>71</sup> Fueron unos años en los que se mostró cercano a autores franceses menos vinculados a la escuela por

---

taillon, al recibir un ejemplar, se lo agradecía a Maravall considerándolo una «utilísima colección» (París, 6-IV-1967); Felipe Ruiz Martín, por su parte, concordaba con la visión admirativa del mismo ejemplar (Bilbao, 29-III-1967). Ambas cartas proceden del Legado José Antonio Maravall. Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real.

<sup>69</sup> Hay excepciones, como las referencias contenidas en la *Histoire de l'art* de Pierre Lavedán, París, PUF, 1950 o el libro de Marcelin Defourneaux, *Les français en Espagne aux XI<sup>e</sup> et XII<sup>e</sup> siècles*, París, PUF, 1949 (citados en la p. 107 –si no se indica lo contrario, las páginas se refieren a la edición de 1954–); o a Charles Petit-Dutaillis, *La monarchie féodale en France et en Angleterre*, París, La Renaissance du Livre, 1933 (citado en la p. 148); Louis Halphen, *A travers l'histoire du Moyen Âge*, París, PUF, 1950 (citado en la p. 362).

<sup>70</sup> Por ejemplo, las de Ramón de Abadal, *Cataluña carolingia*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans, 1926-1952; los volúmenes colectivos *La reconquista española y la repoblación del país*, Zaragoza, 1951 (citado en la p. 152) o *Historia de España. Estudios publicados en la revista Arbor*, Madrid, 1953 (citado en la p. 437); Justo Pérez de Urbel, *Sancho el Mayor de Navarra*, Madrid, Diputación Foral de Navarra. Institución Príncipe de Viana, 1950 (citado en la p. 454), Luis García de Valdeavellano, *Historia de España*, Madrid, Revista de Occidente, 1952 (citado en la p. 266); Martín de Riquer, *Los cantares de gesta franceses: sus problemas, su relación con España*, Madrid, Gredos, 1952 (citado en la p. 282); así como textos de García Gómez, Menéndez Pidal, o del propio Maravall, «Sobre el concepto de monarquía en la Edad Media española», entonces en prensa y que en parte se incorporó a este libro; o el ya mencionado «La formación de la conciencia estamental en los letrados».

<sup>71</sup> De hecho, sólo cita a Pierre Vidal de la Blache (se refiere a él como Vidal de la Blanche), *Principes de Géographie humaine*, París, Armand Colin, 1948 (p. 49 de la edición de 1954; esta edición fue la 4ª del libro de Vidal de la Blache, originalmente aparecido en 1922) y a Marc Bloch, *La société féodale. La formation des liens de dépendance*, París, Albin Michel, 1939 (lo recoge en la p. 379) y en ambos casos de manera contextual, sin repetir la referencia.

excelencia, como Marcel Bataillon (1895-1977), Étienne Gilson (1884-1978) o Roland Mousnier (1907-1993),<sup>72</sup> pero cuya presencia directa tampoco es apreciable en las páginas de esta obra, aunque en algunos casos sea significativa su influencia. Valga de ejemplo que por esos mismos años usase el libro de Étienne Gilson, *Le rôle de la pensée médiévale dans la formation du système cartésien*,<sup>73</sup> en su obra sobre Carlos V y en sintonía con la necesidad de considerar el orden medieval para una mejor comprensión del mundo moderno. No se trataría simplemente de una referencia erudita, dado que la relación con la obra de este autor se remontaría incluso a 1936, cuando tradujo uno de sus trabajos, *Por un orden católico*.

Tampoco se añadieron grandes novedades al respecto en su segunda y definitiva edición,<sup>74</sup> más allá de atender las recomendaciones recibidas de los autores de las reseñas y completar algunas –escasas– lagunas documentales y cuestiones de matiz –que en ocasiones suplementaban y confirmaban hacia la modernidad las afirmaciones realizadas–.<sup>75</sup> De hecho, en la mayor parte de los casos se incorporaron elementos y bibliografía y fueron escasas las supresiones de fragmentos de texto. Por ejemplo eliminó un párrafo en el que mostraba una crítica especialmente dura contra Russell,<sup>76</sup> sobre el sentido de la palabra «tierra» en Pere

<sup>72</sup> Véase «La Teoría del saber histórico en la historiografía de su tiempo», pp. LV-LVI.

<sup>73</sup> París, J. Vrin, 1930. En *Poder, honor y élites en el siglo XVII* (Madrid, Siglo XXI, 1979), señalaba Maravall que un período histórico «es una construcción móvil [...], es una estructura del movimiento, dinámica por sí misma, en la cual las posiciones de sus elementos varían en la diacronía del acontecer» (p. 2).

<sup>74</sup> La consideramos definitiva porque el propio Maravall, en el prólogo a la tercera (1981), señala: «En esta ocasión faltó a lo que habitualmente he hecho en las sucesivas ediciones de otras de mis obras, en las que he procurado siempre incorporar algunos pasajes o revisar otros, añadir algunas referencias bibliográficas no conocidas antes o algún dato nuevo. El texto que tiene ante sí el lector es exactamente el que quedó establecido en la segunda edición (1964)» (p. 9).

<sup>75</sup> Hacía referencia, por ejemplo, a la necesaria precisión terminológica cuando mencionaba la presencia en las crónicas medievales de la distinción entre catalanes y españoles. Ponía un ejemplo castellano de 1518 –al hilo de su historia sobre las Comunidades de Castilla de 1963– y señalaba: «Aplicar el rigor lógico y gramatical del castellano o del catalán, etc., para interpretar el sentido de frases que encontramos en los textos medievales es un proceder ingenuo que puede llevar a contrasentidos historiográficos graves» (p. 78, de la edición definitiva). Entre 1954 y 1964, especialmente en Cataluña, la reafirmación del catalanismo parecía hacer necesaria la precisión, que no será la última adición al texto original (véanse, por ejemplo, pp. 143, 156 y 161 de la 2ª ed., en lo referente a la concepción de la «marca»). Tal vez algo de eso pueda verse en la mención que hace Vicens Vives en los comentarios a la segunda edición de *Aproximación a la historia de España*: «La tendencia francesa de Cataluña, que Maravall ha intentado rebajar, queda absolutamente probada en las últimas obras de R. de Abadal» (p. 188).

<sup>76</sup> Le criticaba la falta de visión del cuadro cultural de la época en que se desarrollan las grandes crónicas hispanas medievales y el desenfoque que sufría por ignorar las procedentes de la primera Edad Media (p. 41 de la ed. de 1954; p. 46 de las siguientes). El artículo al que se refería era «Chroniclers of medieval Spain», *Hispanic Review*, VI (1938), pp. 218-35.



Albert;<sup>77</sup> quitó un párrafo en el que matizaba el uso de la palabra «nación» comparándola con «pueblo», del que decía: «La idea de que a un pueblo concebido formando cuerpo, corresponda un poder político que le es propio o, paralelamente, la idea de que a un poder corresponda un pueblo íntimamente vinculado a aquél, es muy moderna»;<sup>78</sup> en la nueva edición se incrementó el tono europeo de un párrafo en el que parecía insistirse en demasía en el componente peculiar;<sup>79</sup> también, por último, suprimió un párrafo dedicado a Cataluña, en el que decía:

Supongo que el título de ‘Cataluña Carolingia’, que Abadal ha dado a la colección diplomática que está publicando, quiere decir que renuncia y tiene por equivocado servirse de ese nombre de Marca, optando por emplear una denominación más historiográfica que histórica. Ello hace pensar que tan excelente medievalista ha advertido que es vano buscar un nombre propio a lo que todavía no lo tiene.<sup>80</sup>

Nos encontramos, por tanto, ante una obra de gran empaque documental, prolija en el detalle, muy enraizada en la tradición positivista pero con la salvedad de que todo el material procedía de fuentes publicadas. Salvo algunas obras de los siglos XVI y XVII, sólo hemos localizado tres referencias a material manuscrito procedente de la Biblioteca Nacional.<sup>81</sup>

Un último aspecto sería el del papel de la producción medievalista de Maravall en el conjunto de su obra. Comenzábamos señalando su escasa cuantía numérica y continuábamos indicando que, en buena parte, esa producción se había conformado documentalmente antes de los años cincuenta, aunque posteriormente se hubiesen añadido elementos significativos en torno a preocupaciones modernistas concretas. Tal vez quepa compararlo con la visión que ofrece Miquel Marín acerca de Jaime Vicens Vives. El historiador catalán terminó el proceso de publicación de su obra medievalista a mediados de la década de los cincuenta con la *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*. Sin

<sup>77</sup> Página 378 de la edición de 1954.

<sup>78</sup> En este caso simplemente eliminó el párrafo, sin sustituirlo (p. 507 de la 2ª ed.).

<sup>79</sup> Página 520 de la edición de 1954, 488 de la de 1964.

<sup>80</sup> En la edición de 1954, p. 156; en la de 1964 suaviza mucho la crítica, señalando la existencia de menciones a dicha Marca Hispanica a partir del 821, aunque considerase más recomendable el uso, incluso para el siglo IX, de la expresión Cataluña Carolingia (pp. 149-50 de la 2ª ed.). El propio Abadal se mostrará de acuerdo con Maravall en la necesidad de restringir el uso de Marca al período anterior al s. X (Ramón d'Abadal, «Nota sobre la locución ‘Marca Hispánica’», *Boletín de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona*, XXVII (1957-58), pp. 157-64). También hay una pequeña supresión en la p. 549 suavizando un contraste muy marcado entre Castilla y Cataluña.

<sup>81</sup> *Las memorias históricas de Cataluña* (p. 34) y las dos ocasiones en que cita la Crónica de Fr. García de Eugui (pp. 353 y 543).

embargo, cuando esta obra vio la luz tras diversos retrasos, su autor ya había abandonado no sólo la temática, sino también el método asociado a ella. De hecho, en el análisis que Vicens realizaba de la historiografía española en los primeros años cincuenta, citado más arriba, su visión del medievalismo era especialmente negativa, sobre todo por los lastres metodológicos que seguía arrastrando. Y sin embargo, su *Historia crítica* reflejaba parte de esos lastres. Como señala Miquel Marín, «se trata de un texto cuyos marcadores interpretativos poseen una dinámica que en el momento de su publicación ya se había roto parcialmente»,<sup>82</sup> y se pregunta por la aplicabilidad de esta situación al propio historiador. ¿Ocurrió algo similar con Maravall? Es evidente que, a partir de mediados de los años cincuenta, el rumbo investigador de nuestro historiador varió, incorporando las novedades a las que había asistido en su estancia parisina, por lo que las obras de los primeros años sesenta se alejaron de modelos previos. Sin una ruptura radical como la que llevó a Vicens a terminar con su medievalismo historiográfico, pero en una línea claramente dirigida hacia el contacto interdisciplinar, hacia la historia social de las mentalidades, hacia una mayor inserción de lo español en lo europeo. Como en Vicens, el siglo XV sirvió de gozne, de puente para transitar de un tiempo a otro. Es significativa la introducción a la primera edición de *El mundo social de la Celestina*, en la que señalaba:

El siglo XV es, en nuestra Historia, una de las fases de más interesante sentido europeo, como pueda serlo más tarde el siglo XVIII. Y siendo rico y variado lo que de propio y peculiar de la situación cultural española se encuentra en aquel final del Medioevo, hay, sin embargo, una estrecha correspondencia con lo que en otras partes de la común cultura occidental se da. Podemos, por ello, suponer que la aplicación de ciertas categorías historiográficas a nuestras obras literarias, artísticas, políticas, etc., surgidas de ese primer brote de la época moderna que es el siglo XV –más los primeros años del XVI–, ha de resultar siempre fecunda y esclarecedora.<sup>83</sup>

Pese a incluirla en el ámbito medieval, la referencia era renacentista, el tono, los personajes y las actitudes anunciaban o reflejaban el nuevo tiempo y la Edad Media ya no era un reflejo de la unidad previa, sino un

<sup>82</sup> «La fatiga de una generación. Jaume Vicens Vives y su *Historia crítica de la vida y reinado de Fernando II de Aragón*», p. XXIII. Es significativo el comentario que realizaba al artículo de Maravall sobre la idea de reconquista (1954), del que señalaba su carácter general, «utilizando por vez primera ampliamente textos de crónicas y de cartularios catalanes». Se apoyaba, decía Vicens, en la idea de la conquista musulmana como usurpación, pero dejaba de lado, en su opinión, «otros factores de base (económicos, sociales, culturales) que ayudarían a formar un criterio exacto de tal coyuntura» (J.V.V. [Jaime Vicens Vives], *Índice Histórico Español*, I (1953-54), p. 472).

<sup>83</sup> Madrid, Gredos, 1968 (2ª; 1ª, 1964), p. 7.

antecedente global, europeo y, por tanto, común. De alguna manera, la Castilla cantada en 1934 había dejado su espacio a una Europa mucho más cercana a la postura del Maravall de los años sesenta.<sup>84</sup> En cierto modo, la percepción medievalizante que había caracterizado a una significativa parte de la cultura europea hasta los años cuarenta, comenzaba a quedar desplazada por inquietudes distintas, europeístas. Como señalaba Günter Grass de su regreso al mundo escolar, tras la guerra:

la segunda hora estaba dedicada a la Historia, en otro tiempo mi asignatura favorita. Su terreno, ampliamente fechado, había ofrecido suficientes espacios vacíos en los que podía refugiarse mi fantasía y asentar unos personajes imaginados, que por lo general iban vestidos medievalmente y estaban implicados en guerras interminables [...]. [V]eo al profesor de Historia al alcance de la mano: bajo, vigoroso, con el pelo al cepillo y sin gafas, pero con pajarita bajo la barbilla, iba entre los bancos arriba y abajo, giraba sobre los talones, echaba raíces de pronto como obedeciendo una orden irrevocable del Espíritu del Siglo y abría la clase de Historia con la pregunta clásica: «¿Dónde nos habíamos quedado?», para responderse a sí mismo inmediatamente: «En el Despacho de Ems». [...] Como si el pequeño profesor me hubiera dado la salida con el ominoso Despacho, me puse en pie [...], me fui sin decir nada y –sin dejarme detener por terminantes palabras pedagógicas– abandoné no sólo la clase para participantes en la guerra atrasados en el programa de estudios, sino también, para siempre, el colegio y su aire viciado, conservado por principio.<sup>85</sup>

El medievalismo cansaba, la experiencia vivida era muy superior a la experiencia indirecta de la ensoñación medieval. En la piel de un historiador español, la visión de los tiempos medios con la respuesta a los problemas del presente se hizo cada vez menos creíble y en muchos casos, incluido Maravall y, en buena medida también Vicens, se dejó de lado el refugio y el sentido que hasta entonces se había situado en el período histórico medieval.

### La emancipación de los textos

Uno de los elementos básicos a la hora de examinar la obra de un historiador es comprobar su repercusión, el impacto que causa tanto en el seno de la comunidad científica como, si es el caso, en el conjunto de la sociedad. En las páginas que siguen se ofrece un esbozo de la fortuna

<sup>84</sup> Lo decía en el prólogo a *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento* (Madrid, Instituto de Estudios Políticos, 1960): «Al situarnos en el ángulo visual de una disciplina histórica que, en cierta medida y con la amplitud que queremos darle, podemos llamar *nueva*, probablemente algunos datos cambien en su interés e importancia respecto al papel que se les venía atribuyendo en la historiografía sobre esta época» (pp. 3-4; énfasis añadido).

<sup>85</sup> *Pelando la cebolla*, pp. 229-31.

historiográfica del Maravall medievalista, especialmente centrada en *El concepto de España en la Edad Media*.

Tal vez la más visible de las reacciones fuesen las reseñas incluídas en las revistas especializadas. De hecho, su aparición fue inmediata, con varios ejemplos el mismo 1954, otras más en 1955 y dos provenientes del extranjero en 1957.<sup>86</sup> Todas ellas resaltaban la erudición mostrada en sus páginas, lo que, de alguna manera, lo haría más válido en un contexto en el que la metodología positivista era la seña de identidad del historiador, y –para bien o para mal– especialmente del medievalista. De hecho, Luis García de Valdeavellano (1904-1985), en su reseña, destacaba el estrecho vínculo de esta obra con «las reglas más rigurosas del método histórico, y todas sus conclusiones, se acepten o no, están siempre fundamentadas en el más exigente examen crítico de las fuentes». Maravall habría consultado «todas las publicadas».<sup>87</sup> Por su parte Díez del Corral (1911-1998) consideraba «abrumadora» la aportación de evidencias; para Ramón de Abadal (1888-1970) era exhaustiva y, significativamente, Francisco López Estrada (1918-), catedrático de Literatura Española y especialista en el medievalismo, opinaba que en la trayectoria de Maravall como historiador, este libro era «especialmente histórico».<sup>88</sup> Todo ello llevaba a acreditarlo de «gran erudito y de historiador profundo» por el profesor Abadal. De alguna manera, la puerta de entrada en el ámbito medievalista, el rigor documental, había conseguido que alguien ajeno a ese ámbito, con un prestigio ya asentado en otras temáticas, como señalaba López Estrada, viese reconocido su trabajo por una parte granada del medievalismo de la época. Sin embargo, ese rigor documental admitía matices y, dejando de lado las menciones a la forma de cita o a la oscuridad de las referencias, la opinión más crítica procedía de José María Lacarra, que cuestionaba que en el

<sup>86</sup> Ramón de Abadal, en: *Índice Histórico Español*, I (1953-54), p. 635; Luis Díez del Corral, en: *Revista de Estudios Políticos*, LIV/82 (1955), pp. 193-206; Luis García de Valdeavellano, en: *Anuario de Historia del Derecho Español*, XXV (1955), pp. 877-90; Richard Konetzke, en: *Historische Zeitschrift*, 183 (1957), pp. 659-61; José María Lacarra, «El concepto de España», *Arbor*, XXXI/115-6 (1955), pp. 583-7; Francisco López Estrada, «Un estudio sobre el significado de España en la Edad Media», *Anales de la Universidad Hispalense*, XV/1 (1954), pp. 85-96; Francisco López Estrada, en: *Revista de Filología Española*, XXXVIII (1954), pp. 335-41; Gratiniño Nieto, en: *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LX/2 (1954), pp. 671-5; y Valentín de Pedro, en: *Cuadernos de Historia de España*, 25-26 (1957), pp. 365-9.

<sup>87</sup> *Anuario de Historia del Derecho Español*, p. 878. En otros momentos insistió en la abundancia de la documentación.

<sup>88</sup> La referencia de Díez del Corral, en la p. 196, que insistía en un aspecto importante al afirmar que «la historiografía es una ciencia que suele practicarse, particularmente en nuestro país, de manera empírica, sin plantearse los problemas metódicos imprescindibles, pero ello no es sino una razón de más para hacerse cuestión de ello y para examinar la manera peculiar de haberlos resuelto en la práctica un libro escrito con rigor intelectual como el de J.A. Maravall» (p. 194); la referencia de López Estrada en la *Revista de Filología Española*, p. 336.

libro, «[l]as más variadas cuestiones, planteadas a veces incidentalmente, son minuciosamente desarrolladas con extraordinaria acumulación de referencias, que, si avaloran enormemente la publicación, hacen perder con frecuencia el hilo de la argumentación». De hecho, consideraba el medievalista estellés que el libro era más una «suma de pequeñas monografías en que se pasa revista a los grandes temas de la Edad Media peninsular».<sup>89</sup> Dos años después su juicio era aún más duro, cuando mostraba una amplia serie de carencias en el libro de Maravall, lo que significaba una enmienda completa al contenido del trabajo:

Libro lleno de sugerencias y de rica y variada erudición a base de textos literarios o de alusiones documentales, deja al lector un tanto insatisfecho. Junto al concepto de España –oscilante y contradictorio en ocasiones, si sólo nos atenemos a los textos– desearía uno conocer la formación y evolución de ese concepto, y para ello sólo la historia, las formas de vida, las reacciones impensadas ante coyunturas adversas, la evolución de las instituciones jurídicas, económicas y de las ideas, podrían rellenar los muchos huecos que se advierten entre esporádicas alusiones de cronistas, poetas o notarios reales.<sup>90</sup>

Pese a todo, Maravall respetó la opinión de Lacarra y, de hecho, incorporó sugerencias y corrigió elementos criticados por éste. A finales de los años sesenta, fue uno de los académicos que impulsó el ingreso del medievalista navarro en la Real Academia de la Historia, gestionando los votos de otros historiadores cercanos, como Ramón Carande (1887-1986).<sup>91</sup>

Muy crítico también, aunque no con Maravall, sino con los medievalistas españoles, era Díez del Corral, que afirmaba que estaban estos

mucho más preocupados por saber lo que hizo tal o cual rey que por precisar la figura genérica del rey hispano, mucho más ufanos de haber encontrado un nuevo título de *imperator* o *imperante* que de plantear con rigor lo que podían significar tales términos en la realidad histórica de nuestra Edad Media, a diferencia de lo que significaban más allá de los Pirineos.<sup>92</sup>

<sup>89</sup> «El concepto de España», p. 586 y 583, respectivamente. En esta opinión coincidía la brevísima nota aparecida en la sección de libros recibidos del *Journal of the History of Ideas*, 20/1 (1959), p. 144: «A rather thorough, though disjointed, journey through various Dark Ages and Mediaeval manuscripts seeking the concept of Spain as a national entity rather than a geographic expression».

<sup>90</sup> «Los estudios de Edad Media española de 1952 a 1955», p. XIII.

<sup>91</sup> Carta de Ramón Carande, Sevilla, 21-I-1969. Legado José Antonio Maravall. Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real.

<sup>92</sup> *Revista de Estudios Políticos*, p. 197.

No deja de sorprender este ataque al conjunto de los medievalistas y el intento de marcar distancias entre Maravall y ellos realizado por alguien que, como el autor de *El concepto de España en la Edad Media*, estaba al margen de ese sector historiográfico. De alguna manera parecía querer parar las posibles críticas que llegasen desde él, resaltando aspectos que, suponía, no interesaban a los medievalistas, especialmente lo relativo al método novedoso o a la importancia de lo conceptual. Además, resaltaba la lejanía respecto a los europeos, a los que sí interesarían esas cuestiones, como a ellos mismos. Este distanciamiento mostraría una apreciable renovación en la forma de concebir no sólo la disciplina histórica, sino también sus presupuestos ideológicos, claramente influidos por la estancia parisina de ambos.<sup>93</sup>

Este componente crítico –hacia el libro y hacia el medievalismo– nos lleva a valorar un segundo aspecto: el de la utilización política y las visiones ideologizadas de la historia. Maravall no pretendía escribir un libro político; ni siquiera llegó a tiempo para la polémica entre Américo Castro y Claudio Sánchez Albornoz.<sup>94</sup> Sin embargo, una parte de los autores de las reseñas interpretaban el libro, en mayor o menor grado, desde una óptica política o ideológica. Así, Ramón de Abadal consideraba el concepto de España como un «[t]ema gozne sobre el que giran nuestras historias políticas de España, con más pasión política que imparcialidad histórica», en las que, destacaba, no caía el autor. Luis García de Valdeavellano interpretaba el tema abordado como la «verdadera clave de la nacionalidad española» y, de hecho, terminaba la reseña señalando: «Los que hemos creído siempre que la unidad de España tiene precisamente en la historia su más radical afirmación nunca agradeceremos bastante a Maravall su fecunda indagación sobre el concepto de España en la Edad Media».<sup>95</sup> Menos político y más poético era el punto de vista de Valentín de Pedro (1896-1966), que lanzaba una genérica y orteguiana interpretación del tema del libro, en la que afirmaba «que el pasado alienta en la historia con una palpitación de presente, estableciendo una perfecta continuidad entre ayer y mañana».<sup>96</sup> Sin embargo, el análisis más político era el de Gratiniano Nieto (1917-1985), para quien Maravall

<sup>93</sup> Véase «La Teoría del saber histórico en la historiografía de su tiempo».

<sup>94</sup> Aunque Díaz del Corral sí lo sitúa en su reseña, aparecida cuando ya estaban en la calle los libros de ambos. De hecho, colocaba a Maravall en la línea de Hinojosa y Sánchez Albornoz y consideraba que la de Castro tenía un «valor representativo e interpretativo *harto laxo*» (p. 196). Manuel Rúa Rúa, en la referencia a la publicación del libro de Stephenson, decía que Maravall resumía los puntos básicos de C. Sánchez Albornoz y L. García de Valdeavellano (*Índice Histórico Español*, IX (1963), p. 220).

<sup>95</sup> *Anuario de Historia del Derecho Español*, pp. 877 y 890.

<sup>96</sup> *Cuadernos de Historia de España*, p. 366. Ya es significativo que la reseña se publique en la revista de Sánchez Albornoz.

demuestra, con gran acopio de citas, cómo a lo largo de la Edad Media hay en España un sentido unitario del que ni siquiera escapan regiones a las que se ha calificado de separatistas; sentido unitario, que es una de las constantes más acusadas y uno de los factores que con más vigor y más fuerza actuaron a lo largo de la Edad Media en la configuración política que, en definitiva, había de tener España.

Aunque en este párrafo la referencia a esas «regiones separatistas» no es explícita, en las páginas siguientes lo especificaba con claridad al aludir a Cataluña, lo cual no dejaba de ser significativo si lo relacionamos con algunos de los párrafos suprimidos en la segunda edición del texto de Maravall, en los que la referencia catalana era habitual.<sup>97</sup>

En cualquier caso, junto a la lectura profesional, metodológica, de valoración del tema como aporte al progreso del conocimiento, se superpuso otra, más política e ideológica, que en buena medida acompañó a su autor y a la obra al menos en los años siguientes a su publicación.<sup>98</sup> De hecho, José María Lacarra, que en su reseña de *Arbor* no entraba en este tema, al revisar el panorama del medievalismo español en 1956 incluía el libro de Maravall en un grupo con los de Castro y Sánchez Albornoz:

La historia de España y, más concretamente, la *España medieval*, ha sido objeto de exposiciones de conjunto, de interpretaciones y de valoraciones –estas no siempre encerradas en el marco de una exposición histórica– que han centrado en la Edad Media el interés de investigadores procedentes de campos diversos. Si en muchos aspectos no se ha llegado a conclusiones muy firmes, es innegable que tan variadas colaboraciones han venido a ensanchar las perspectivas del historiador.<sup>99</sup>

Maravall era situado en el grupo de aquellos que realizaban reflexiones globales sobre la España medieval, habitualmente junto a los ya mencionados Castro y Albornoz y, en ocasiones, con la más genérica compañía de Vicens Vives, *Aproximación a la historia de España*.<sup>100</sup> Además, y en esta línea de utilización instrumental de la obra,

<sup>97</sup> *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, pp. 671 para la cita, 673-4 y 674, para las menciones a Cataluña. Recordaba también en varias ocasiones que el autor era Catedrático de Derecho Político y que la edición era del Instituto de Estudios Políticos. Véanse las notas 75 y 80.

<sup>98</sup> Esto es lo que ha llevado a Antonio Elorza a considerar esta obra, y la dedicada a Carlos V, insertas en una «sobrecarga de 'lo español'» («El historiador y la política», *El País*, 20-XII-2006).

<sup>99</sup> «Los estudios de Edad Media española de 1952 a 1955», p. XI.

<sup>100</sup> Así lo hacen, por ejemplo, Manuel Riu en su *Lecciones de historia medieval* (Barcelona, Teide, 1982 –7ª ed., 1ª, 1969–, p. 18) o en su *Edad Media (711-1500), Manual de Historia de España*, 2, Madrid, Espasa-Calpe, 1989, en cuya bibliografía incluye a Maravall en el apartado, «Ensayos interpretativos de la historia medieval de España» (p. 569); Luis

comenzaba a circular por las páginas de quienes reivindicaban la unidad española frente a posiciones que cuestionaban ésta. Así, cuando Salvador de Madariaga (1886-1978) trataba de rebatir los argumentos de Manuel de Irujo (1892-1981), se apoyaba en el libro de Maravall, al que consideraba uno de los más científicos de los publicados por esos años, porque

prueba hasta la saciedad que, a pesar de la multiplicidad de sus reyes, España era una, vivida y sentida como una por todos los españoles, desde Barcelona hasta Lisboa; descrita como una por sus historiadores [...] e invocando la *costumbre de España* desde Navarra hasta Cataluña y desde Galicia hasta Andalucía. Toda esta faramalla de distinciones étnicas y de naciones distintas no es más que separatismo retrospectivo y retropolado que no conoció ningún Pedro, Jaime, Sancho ni Alfonso; y los pueblos españoles, mucho antes de que los unieran políticamente Fernando e Isabel, se sabían y sentían una sola España, como los mismos reyes que los gobernaban se sabían y sentían una sola familia. Además, todos estos reyes –cinco o seis, tres o cuatro, según los tiempos– se llamaban todos a la vez «reyes de España».<sup>101</sup>

Por otro lado, también se le fue incluyendo dentro de uno de los dos sectores de la polémica clásica, varias veces mencionada, entre Castro y Sánchez Albornoz. De hecho, se le consideraba seguidor de este último, pese a que él hubiese buscado distanciarse de esa controversia.<sup>102</sup> Luis

---

Suárez Fernández (*Historia de España. Edad Media*, Madrid, Gredos, 1978 –1ª, 1970–, p. 683), y «Del imperio hispánico a las monarquías», en: *Historia general de España y América*, IV. *La España de los cinco reinos (1085-1369)*, Madrid, Rialp, 1984, p. XLVII; Emilio Mitre Fernández, *La España medieval. Sociedades. Estados. Culturas*, Madrid, Istmo, 1979, p. 363; y en «La historiografía sobre la Edad Media», en: Andrés-Gallego, José (coord.), *Historia de la historiografía española*, Madrid, Encuentro, 2003 –2ª ed.–, p. 105; José Ángel García de Cortázar, *Historia de España dirigida por Miguel Artola*, 2, *La época medieval*, Madrid, Alianza, 1988, p. 388.

<sup>101</sup> *Memorias de un federalista*, Buenos Aires, Sudamericana, 1967, pp. 108-9; también, p. 289. Estos halagos no impedirán que Maravall polemizase con Madariaga, sin citarlo, a raíz, precisamente, de la cuestión de los caracteres nacionales (José Antonio Maravall, «Sobre el mito de los caracteres nacionales», *Revista de Occidente*, 3 (1963) pp. 257-76).

<sup>102</sup> Así lo hace, por ejemplo, Joseph F. O'Callaghan, *A history of Medieval Spain*, Ithaca, Cornell University Press, 1975, p. 21, o el medievalista británico J.N. Hillgarth, más partidario de las tesis de Castro, en: *The Spanish kingdoms 1250-1516*. Vol. I, *1250-1410. Precarious balance*, Oxford, Clarendon Press, 1976, pp. 14-15; vol. II, *1410-1516. Castilian hegemony*, Oxford, Clarendon Press, 1978, pp. 197-8; y en «Spanish historiography and Iberian reality», *History and Theory*, 24 (1985), p. 26 (publicado en *Spain and the Mediterranean in the later Middle Ages. Studies in political and intellectual history*, Aldershot, Ashgate/Variorum, 2003). El propio Sánchez Albornoz utilizó la obra de Maravall en apoyo de sus tesis, como se puso de manifiesto en *España, un enigma histórico*, Buenos Aires, Sudamericana, 1971, pp. 13, 443, 470, 586 y 697-8; aún en 1974 le escribía para adherirse a él: «He vuelto a leer sus críticas a Castro, merecidas».



Suárez defendía en su discurso de contestación al de entrada de Julio Valdeón en la Academia, no solamente al historiador, sino también la idea que veía reflejada en él, al afirmar que ambos

compartimos, desde hace muchos años, la admiración por una obra del que fuera académico, José Antonio Maravall. Porque España es una realidad histórica, algo más que un espacio para vivir, una comunidad, en suma, que se ha constituido en el transcurso del tiempo. Y, en el origen, está Roma. He aquí el primer mensaje que los historiadores están obligados a transmitir: amor a Roma, pues lo contrario sería ingratitud. La Península no se hizo culpable de este pecado. Conservó su nombre y no quiso, ni pudo, llamarse Gotia. Porque, en el origen descubría la que creía ser esencia de su legitimidad. Ni los musulmanes ni los judíos fueron capaces de conservar su nombre.<sup>103</sup>

En relación a esta última afirmación, el vínculo entre Maravall y el lado «romanista» de la polémica queda críticamente de manifiesto en las afirmaciones recientes del grupo reunido en torno a Eduardo Subirats, para quien la europeización forzada de España habría tenido como resultado genérico la exclusión en su historia de las influencias islámicas y judaicas, y como consecuencia historiográfica, la postergación de Américo Castro. Lo significativo de esta explicación es que carga las tintas en el papel de José Antonio Maravall:

Este historiador es el responsable por la ‘normalización’ de la historia cultural española, en el sentido de su adaptación sin resistencias ni fisuras a las clasificaciones y categorías historiográficas del Renacimiento, el Barroco o la Ilustración europeos. Para encajar la realidad histórica española dentro de estos esquemas Maravall tuvo que emprender, sin embargo, una cruzada positivista de desarabización y desjudaización [...]. Los argumentos de Maravall, sin embargo, estaban dotados de una incontestable eficacia retórica e institucional. Por un lado restablecía una identidad hispanoeuropea e hispanocatólica, acorde con el tradicionalismo español más arcaico; por otro, otorgaba a este casticismo una dimensión progresista, con arreglo a un concepto doctrinario de lucha de clases. En esta medida Maravall constituye un paradigma de las estrategias oficiales tardo y posfranquistas de redención de la identidad española como nación esencialmente latina, radicalmente euro-

---

Y continuaba: «No hay un historiador auténtico que pueda seguir sus falacias, pero todos los ensayistas que ignoran la Historia de España le siguen como una falange» (Buenos Aires, 9-V-1974. Legado José Antonio Maravall. Biblioteca de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de la Universidad de Castilla-La Mancha, Ciudad Real).

<sup>103</sup> Julio Valdeón Baroque, *Las raíces medievales de España, discurso leído el día 9 de junio de 2002 en el acto de recepción pública por el Excmo. Sr. D. --- y contestación por el Excmo. Sr. D. Luis Suárez Fernández*, Madrid, Real Academia de la Historia, 2002, pp. 94-5.

pea y moderna, pero católica y romana a pesar de todo, y limpia de cualquier traza semítica.<sup>104</sup>

La percepción pasaría ya de lo historiográfico a cuestiones identitarias y de comprensión de la nación y su esencia, repitiendo de alguna manera el tono del debate de los años cincuenta. Como en aquellos momentos, la lectura de la obra de Maravall se realizaría desde presupuestos que verían en todos sus pasos una actitud situada más allá de lo académico o lo profesional para situarlo en el ámbito de lo esencial, ideológico o directamente político en un sentido partidista. No quiere esto decir que no hayan existido críticas de otro tipo, pero éstas se refieren generalmente, como se ha podido ver en las reseñas, a cuestiones concretas, y no al conjunto de su obra.<sup>105</sup>

Por último cabría hacer mención a la inserción de Maravall en los repertorios nacionales e internacionales de medievalistas. Aquellos que apuestan por la recogida de información bibliográfica, prescindiendo del carácter del autor, incluyen habitualmente en sus páginas las obras de Maravall.<sup>106</sup> Un buen reflejo de ello son las palabras de uno de los historiadores que más ha defendido la obra de nuestro autor, Julio Valdeón: «podemos afirmar con toda rotundidad que la mencionada obra de José Antonio Maravall [*El concepto de España...*] ha adquirido la categoría de un clásico de la historiografía sobre la España medieval. Aunque sólo fuera por ese libro los medievalistas hemos contraído una deuda con el profesor Maravall».<sup>107</sup> En cambio, junto a las menciones, cabe señalar

<sup>104</sup> Eduardo Subirats, «Nota preliminar», a E. Subirats (coord.), *Américo Castro y la revisión de la memoria (El Islám en España)*, Madrid, Libertarias, 2003, pp. 16-17. Inciden en esta crítica otras colaboraciones de este libro, como la de Juan Goytiso, «Américo Castro en la España actual», pp. 23-4; y del propio Eduardo Subirats, «La península multicultural», pp. 43-4; y «Américo Castro secuestrado», pp. 215-6 (previamente publicada en *El Mundo*, 11-IX-2001). El propio Maravall calificaba a Castro como maestro pese a las discrepancias y le dedicaba su libro *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Barcelona, Ariel, 1990 -1ª ed., 1975-, pp. 13-15.

<sup>105</sup> Valgan como ejemplos los de Robert B. Tate, «The 'Anacephaleosis' of Alonso García de Santa María, bishop of Burgos, 1435-1456», en: Frank Pierce (ed.), *Hispanic Studies in honour of I. González Llubera*, Oxford, Dolphin Book, 1959, pp. 387-401; Salustiano Moreta, «La expansión del siglo XI (1035-1109)», en: Paulino Iradiel; Salustiano Moreta y Esteban Sarasa, *Historia medieval de la España cristiana*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 103; Peter Linehan, *History and the historians of medieval Spain*, Oxford, Clarendon Press, 1993, pp. 233 y 656; o José Luis Villacañas Berlanga, *La formación de los reinos hispánicos*, Madrid, Espasa, 2006, pp. 645-6 y 652.

<sup>106</sup> Por ejemplo Emilio Sáez y Mercè Rossell, *Repertorio del medievalismo hispánico (1955-1975)*, II. G-M, Barcelona, El Albir, 1976, pp. 532-5 y Gray Cowan Boyce, *Literature of medieval history 1930-1975*, Millwood, Kraus International Publications, 1981, vol. I, p. 124; III, 1274, 1276 y 1294; IV, 1884-5 y 2206.

<sup>107</sup> «Maravall como estudioso de la Edad Media española», p. 254. Este reconocimiento lo reitera en trabajos posteriores, en los que además respalda las tesis de Maravall, por ejemplo: «Castilla y las Españas medievales», en: Antonio Rodríguez de las Heras et al.

también los silencios, por ejemplo en los repertorios franceses del medievalismo o incluso en las revisiones historiográficas realizadas en España, principalmente sobre la base no tanto de la obra publicada como de la pertenencia del autor al colectivo de los medievalistas.<sup>108</sup> En este último caso estaríamos ante un no reconocimiento que tiene menos de historiográfico que de «gremial», pues la exclusión vendría motivada principalmente por la carencia de un rasgo, cual es el de la inclusión en la comunidad de los historiadores de la Edad Media, a la que se definiría principalmente por la dedicación prioritaria a ese ámbito, o incluso por formar parte del grupo de quienes ostentan una plaza universitaria específica. De igual modo cabría entender la ausencia de los trabajos de Maravall en síntesis generales o en trabajos monográficos.<sup>109</sup> Y no cabría

---

(eds.), *Sobre la realidad de España*, Madrid, Universidad Carlos III, 1994, pp. 113, 114, 126. También valoran *El concepto de España...* Antonio Domínguez Ortiz, «España: nación, estado, imperio», en ese mismo volumen coordinado por el prof. Rodríguez de las Heras, p. 134; o, en el volumen *España. Reflexiones sobre el ser de España*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1997, las colaboraciones de Miguel Ángel Ladero Quesada, «España: reinos y señoríos medievales (siglos XI a XIV)», p. 100; Luis Suárez Fernández, «España. Primera forma de estado», pp. 139 y 149; y Carlos Seco Serrano, «España: ¿estado plurinacional o nación de naciones?», p. 319; Thomas F. Glick, *Cristianos y musulmanes en la España medieval (711-1250)*, Madrid, Alianza, 2000 (1ª ed. en castellano, 1991), pp. 78, 126, 271, 276, 278 y 289, donde señala que este libro era «un análisis magistral de los cambiantes significados geográfico, político y cultural del concepto de España»; Vicente Cantarino, *Entre monjes y musulmanes. El conflicto que fue España*, Madrid, Alhambra, 1978, pp. 120, 130, 138-9 y 193-4.

<sup>108</sup> Por ejemplo en el *Repertoire des médiévistes européens, supplément aux Cahiers de Civilisation Médiévale*, de los años 1960 y 1965; o en los trabajos de Marcelin Defourneaux, «Les études historiques en Espagne au début de 1960», *Revue Historique*, 224 (1960), pp. 401-8; Juan Cabestany Fort, «Los estudios de Edad Media española de 1956 a 1965», *Índice Histórico Español*, XI (1965), pp. XIII-LII; Charles-Emmanuel Dufourcq y Jean Gautier-Dalche, «Histoire de l'Espagne au Moyen Âge. Publications des années 1948-1969 (1ere partie)», *Revue Historique*, 245 (1971), pp. 127-68 y «(2e partie)», *Revue Historique*, 245 (1971), pp. 443-82; Ángel J. Martín Duque, a pesar de hacer un balance genérico de los episodios previos a 1968 (pp. 23-39), no hace referencia a Maravall, en buena medida porque limita el medievalismo a los integrantes de los cuerpos estatales de profesores («Las 'Semanas de Estella' y el medievalismo hispánico. Un ensayo de 'egohistoria'», en: *XXV Semana de Estudios Medievales. La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998). Estella, 14 a 18 de julio de 1998*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 23-49); tampoco lo incluye entre los medievalistas, aunque sí entre los modernistas y en el ámbito de la historia del pensamiento político, José María Jover Zamora, *Historiadores españoles de nuestro siglo*, Madrid, Real Academia de la Historia, 1999, pp. 296 y 303; Miguel Á. Ladero Quesada, «Trayectorias y generaciones. Un balance crítico: la Edad Media», en: Benoît Pellistrandi (coord.), *La historiografía francesa del siglo XX y su acogida en España*, Madrid, Casa de Velázquez, 2002, pp. 311-24; Jaume Aurell, «Le médiévisme espagnol au XX siècle: de l'isolationnisme à la modernisation», *Cahiers de civilisation médiévale*, III/191 (2005), pp. 201-18.

<sup>109</sup> No aparecía como medievalista, por ejemplo, en uno de los manuales por excelencia del final del franquismo, el de Antonio Ubieto; Juan Reglá y José María Jover, *Introducción a la historia de España*, Barcelona, Teide, 1963. Sólo se le mencionaba como modernista

hablar de obsolescencia en sus propuestas, puesto que hay autores que siguen incluyendo sus trabajos en obras recientes.<sup>110</sup>

### Medievalismo cultural y práctica historiográfica

En definitiva, no podemos hablar en sentido pleno de un Maravall medievalista, pues su interés por ese período de la historia resultó en buena medida circunstancial. Sin embargo, el autor de *El concepto de España en la Edad Media* estuvo inserto en un marco europeo que desde el siglo XIX y aún en el período de entreguerras, mostró un considerable interés hacia la Edad Media considerada como un refugio, como un tiempo al que referir aspiraciones políticas y sociales, como una inspiración. En esta corriente Maravall participó impulsado por el magisterio de Ortega y trató incluso de darle un tono historiográfico, concordando con las pautas y patrones que en la posguerra española marcaban el rumbo de la producción histórica. De hecho, aunque la erudición es un aspecto relevante del conjunto de su producción, se ha destacado especialmente en lo que toca a sus escritos sobre la Edad Media. Por otro lado, buena parte de ellos, muy relacionados con *El concepto de España en la Edad Media*, se interpretaron desde su publicación como un elemento más en la escalada polémica en torno al ser de España. Pese al reiterado y manifiesto rechazo que Maravall expresó hacia los esencialismos sobre todo a partir de los años sesenta, esta fase de su producción historiográfica quedaría vinculada a la controversia. En buena medida, y pese a la perspectiva profesional-académica, el medievalismo cultural seguía estando vivo en la España de mediados de los cincuenta y esta circunstancia pesó considerablemente en la construcción de la fama de este libro en especial.

En cualquier caso, esta fase quedaría claramente en retroceso tras su regreso de París y la evolución paulatina hacia formas de expresión histórica crecientemente distanciadas de los modelos previos, cada vez más criticados por una comunidad historiográfica en proceso de transformación. En un camino que muestra paralelismos con otros autores,

---

(p. 267); en la novena edición (1972, con la participación ya de Carlos Seco Serrano), se añadía la referencia a su papel en la renovación del ensayismo tras la guerra, junto con Laín, Tovar y otros.

<sup>110</sup> Valga como ejemplo José Manuel Nieto Soria, «La ideología política bajomedieval en la historiografía española», *Hispania*, L/2, 175 (1990), pp. 667-81, que afirma que Maravall «ha desplegado un extraordinario esfuerzo investigador que se ha materializado en numerosas obras, cuya utilización representa hoy un punto de partida imprescindible para el tratamiento de este tipo de cuestiones» (p. 675); en «Ideología y poder monárquico en la península», en: *XXV Semana de Estudios Medievales. La historia medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998). Estella, 14 a 18 de julio de 1998*, Pamplona, Gobierno de Navarra, 1999, pp. 335-81, señala este mismo autor: «La aportación de José Antonio Maravall [...] resulta sencillamente decisiva, tanto por la diversidad de los problemas abordados, como por su capacidad de profundización en ellos y de proposición de nuevas respuestas y de nuevas vías de estudio» (p. 342).

Maravall optó por temas y perspectivas cuya carga polémica fuese menor, al menos potencialmente, y sus aproximaciones al medievalismo se centraron en aspectos que iluminasen sus preocupaciones modernistas, en una línea que había iniciado ya desde principios de los cuarenta, pero a la que le pesó el lastre de un medievalismo cultural de gran capacidad de arrastre.

En este sentido, es significativo apreciar la consideración que Maravall obtuvo entre los medievalistas, para los cuales no dejó de ser un profesional prestigioso, pero situado fuera de su espacio propio. De hecho, los límites disciplinares y, dentro de éstos, los temáticos y temporales, jugaron un papel mucho más tendente a la exclusión que a la integración, favorecido por una concepción de la disciplina sujeta a unos perfiles muy marcados, tanto en las prácticas profesionales, como en las sociabilidades intelectuales. Los criterios de pertenencia estaban dictados más por la inserción en la comunidad a partir de las redes profesionales que por la producción de escritos históricos. En un contexto de precaria normalidad historiográfica, sólo era efectiva la capacidad de reconocer y ser reconocido para legitimar una trayectoria profesional y quien no se ajustaba a esos patrones sólo podía aspirar, en el mejor de los casos, al respeto, pero no al reconocimiento entre iguales. En buena medida, este fue el caso de Maravall entre los medievalistas, probablemente el grupo más definido y significado entre los historiadores españoles del primer franquismo.

**Anexo: Bibliografía medievalista de José Antonio Maravall<sup>111</sup>****1953**

«La formación de la conciencia estamental de los letrados», *Revista de Estudios Políticos*, 70, págs. 53-81 [EHPE, t. I, págs. 331-362; EHM, págs. 97-106].

**1954**

*El concepto de España en la Edad Media*, Madrid, Instituto de Estudios Políticos [2ª ed. 1964; 3ª ed. 1981; 4ª ed, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1997].

«Sobre el sistema de datación por los reyes francos en los diplomas catalanes», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LX/2, págs. 361-374 [EHPE, t. I, págs. 437-451].

«El concepto de reino y los «Reinos de España» en la Edad Media», *Revista de Estudios Políticos*, 73, págs. 81-144.

«La idea de reconquista en España durante al Edad Media», *Arbor*, 101, págs. 1-37. [También en separata, Madrid, Impr. de J. Pueyo].

«El culto de Carlomagno en Gerona», *Clavileño*, 26, págs. 19-22 [EHPE, t. I, págs. 413-421].

«Sobre el concepto de Monarquía en la Edad Media española», en VV.AA., *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, t. V, Madrid, Patronato Marcellino Menéndez Pelayo, págs. 401-417 [EHPE, I, págs. 65-86].

**1955**

«La ‘morada vital hispánica’ y los visigodos», *Clavileño*, 34, págs. 28-34 [EHPE, t. I, págs. 397-412].

**1956**

«La idea de cuerpo místico en España antes de Erasmo», *Boletín Informativo del Seminario de Derecho Político* (Universidad de Salamanca), 10-12, págs. 29-44 [EHPE, t. I, págs. 179-200].

**1957**

«La estimación de Sócrates y de los sabios clásicos en la Edad Media española», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXIII / 1, págs. 5-68 [EHPE, t. I, págs. 269-330].

**1958**

«El pensamiento político español del año 400 al 1300», *Cahiers d'histoire Mondiale*, IV/4, págs. 818-832 [EHPE, t. I, págs. 33-63; extractos en EHM, págs. 75-81].

<sup>111</sup> Esta bibliografía parte de la elaborada para la ya citada edición de José Antonio Maravall, *Teoría del saber histórico*, pp. 213-31. A ella se le han hecho algunas correcciones y adiciones. Las siglas EHPE indican el volumen *Estudios de Historia del Pensamiento Español*, I; y EHM, *Escritos de Historia Militar*. Hemos optado por incluir algunas obras que en ocasiones se citan dentro de la producción medievalista de Maravall, como *El mundo social de la Celestina* o *Estado moderno y mentalidad social*.

**1960**

«Cómo se forma un refrán. Un tópico medieval sobre la división de reinos», *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXVIII/1, págs. 5-13 [EHPE, t. I, págs. 87-96].

**1961**

«El régimen político territorial en la obra de Pere Albert», en VV.AA., *Album Helen Maud Cam. Études présentées a la Commission Internationale pour l'Histoire des Assemblées d'Etats*, vol. XXIV, Lovaina-París, Université de Louvain-Eds. Béatrice Nauwelaerts, págs. 79-92 [EHPE, t. I, págs. 147-159].

«El problema del feudalismo y el feudalismo en España», prólogo a Carl Stephenson, *El feudalismo medieval*, Madrid, Europa [EHPE, t. I, págs. 423-436; EHM, págs. 107-116].

**1962**

«En torno a una mención de los hispanos en el Pseudo-Fredegario», en VV.AA., *Homenaje al profesor Cayetano de Mergelina*, Murcia, Universidad, págs. 529-538 [EHPE, t. I, págs. 385-396].

**1964**

*El mundo social de «La Celestina»*, Madrid, Gredos [3ª ed., 1986; extractos en EHM, págs. 259-262].

«La corriente democrática medieval en España y la fórmula *Quod omnes tangit*», en VV.AA., *Album Émile Lousse. Études publiées par la section belge de la Commission Internationale pour l'Histoire des Assemblées d'Etats*, vol. XXX, Lovaina-París, Université de Louvain-Eds. Béatrice Nauwelaerts [EHPE, t. I, págs. 161-178; EHM, págs. 83-95].

**1965**

«La 'cortesía' como saber en la Edad Media», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 186, págs. 528-538 [EHPE, t. I, págs. 255-268].

«Von Lehnswesen zur ständischer Herrschaft. Das politische Denken Alfons des Weisen», *Der Staat. Zeitschrift für Staatslehre*, 4, págs. 307-340.

«Del régimen feudal al régimen corporativo en el pensamiento de Alfonso X», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, CLVII, págs. 213-268 [EHPE, t. I, págs. 97-146].

«La morada vital hispánica y los visigodos», *Clavileño*, 34, [EHPE, t. I, págs. 397-411].

**1966**

«La idea del saber en una sociedad estática», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 197 y 198, págs. 324-350 y 533-557 [EHPE, t. I, págs. 201-253].

«La sociedad estamental castellana y la obra de don Juan Manuel», *Cuadernos Hispanoamericanos*, 201, págs. 751-768 [EHPE, t. I, págs. 453-472].

**1967**

*Estudios de historia del pensamiento español. Serie I. Edad Media*, Madrid, Instituto de Cooperación Iberoamericana [2ª ed., 1973; 3ª ed. 1983; 4ª ed., Centro de Estudios Constitucionales, 1997; 5ª ed., Agencia Española de Cooperación Internacional, Cultura Hispánica, 2001].

**1969**

«Franciscanismo, burguesía y mentalidad precapitalista: la obra de Eiximenis», en VV. AA., *VIII Congreso de Historia de la Corona de Aragón*, Valencia, Suc. de Vives Mora, t. II/1, págs. 285-306 [EHPE, t. I, págs. 363-384].

**1972**

*Estado moderno y mentalidad social. Siglos XV a XVII*, Madrid, Revista de Occidente [2ª ed., Madrid, Alianza, 1986; Trad. italiana, Bolonia, Il Mulino, 1987; extractos en *EHM*, págs. 119-215].

«Sobre el origen de ‘español’», en VV.AA., *Studia Hispanica in honorem R. Lapesa*, t. II, Madrid, Gredos, págs. 343-354 [EHPE, I, págs. 15-32].

**1981**

«Pobres y pobreza del Medievo a la primera modernidad (para un estudio histórico-social de la picaresca), *Cuadernos Hispanoamericanos*, 367-368, págs. 189-242.

**2007**

*Escritos de historia militar*, recopilación y estudios de Carmen Iglesias y Alejandro Diz, Madrid, Ministerio de Defensa.